

SOBRE LOS ARTRÓPODOS EN EL TATUAJE

Víctor J. Monserrat

Departamento de Zoología y Antropología Física. Facultad de Biología, Universidad Complutense, 28040 Madrid (España).
-artmad@bio.ucm.es

Resumen: Se realiza un breve comentario introductorio sobre el posible origen biológico (evolutivo) del tatuaje y su utilización como elemento diferenciador – jerárquico en nuestra especie, siendo un elemento cultural que se ha mantenido desde la Prehistoria hasta nuestros días. Se sugiere un aspecto entomológico sobre su posible origen, anotando la importancia que los artrópodos han debido tener propiciando / participando en la evolución social, estética y cultural del hombre.

Se hace hincapié en la presencia de los artrópodos en los tatuajes de numerosas culturas y, como muestra del acervo milenario que de esta ancestral práctica hemos heredado, se analizan los elementos arthropodios que hoy día se ofrecen en los muestrarios de varios talleres de tatuaje.

Llama la atención la gran variedad de grupos de artrópodos ofertados / solicitados para los tatuajes, destacando los insectos (principalmente lepidópteros), los quelicerados (principalmente escorpiones y arañas), seguidos de crustáceos, miriápodos, etc. Al menos en los tatuajes de pequeño formato ofertados / solicitados hoy día, y dentro de los animales, es la mariposa el artrópodo más frecuentemente elegido por las féminas y el escorpión entre los varones.

En nuestra cultura Occidental, habría que suponer que estos datos hundirían su radicular origen en el mundo grecorromano, pero manifestamos y sugerimos que es muy anterior, y que aún hoy día, por muy superado que creamos tener el lejano pasado, estos elementos culturales (mariposa, escorpión, araña) se mantienen en los tatuajes (consciente o inconscientemente) fuertemente arraigados en la memoria colectiva con el fin de proyectar en los demás la feminidad o masculinidad y, en definitiva, aumentar el potencial reproductor.

Palabras clave: Arthropoda, tatuaje, entomología cultural.

About arthropods in tattooing

Abstract: A brief introductory comment is made on the likely biological (evolutionary) origin of tattoos and their potential use as differentiating attributes as well as to establish hierarchies amongst human groups. Emphasis is put on the fact that tattooing registers can be traced back to Prehistory and right through our days, and a hypothesis is advanced stating that tattoos may have an entomological origin, highlighting the fact that arthropod tattoos have participated in human social, aesthetic and cultural evolution.

It is remarkable that arthropods in tattooing can be found in virtually every culture as part of a millennial collective heritage. In order to exemplify this presence, various arthropodian elements are analyzed in the repertoires of several tattooing shops.

The great variety of arthropods either offered or required by customers when choosing a theme for their tattoos is striking, in particular the use of insects (mainly butterflies), chelicerates (scorpions and spiders), closely followed by shellfish, millepedes/centipedes, etc. In small-size tattoos, butterflies are frequently chosen by females, while scorpions rank among the ones preferred by males.

In our Western culture, it could be assumed that those preferences could be dated back to the Greek-Roman world, but we are of the opinion that this practice goes even much further back in time and has endured to the extent that they are frequently used even today. These animals (butterfly, scorpion, spider) and their attributes are strongly attached to the collective memory and are kept either consciously or unconsciously as a means to bestow their female and/or male attributes on their carriers, hence increasing the reproductive potential in individuals.

Key words: Arthropoda, tattooing, cultural entomology.

Introducción

Después de haber manifestado el interés que posee el dar a conocer la presencia de los artrópodos en las diversas manifestaciones culturales y artísticas humanas, de haber introducido y discutido la casi generalizada ausencia de obras y estudios que los tratan, y de haber abordado la cuestión en temas que van del Grafiti y las Piedras Duras a las ciudades de Venecia o Florencia y de autores que van de Picasso y van Gogh a El Bosco o Goya (Monserrat, 2008, 2009 a, b, c, d, 2010 a, b; Monserrat & Aguilar, 2007), tratamos en esta ocasión los artrópodos en el Arte del Tatuaje, al que ahora nos dedicamos.

Para no ser reiterativos, sirvan ahora los argumentos y datos preliminares allí expuestos (Monserrat, 2008, 2009 a, b, c; Monserrat & Aguilar, 2007) como introducción al estudio

de los artrópodos utilizados en el tatuaje, manifestación socio-cultural de ancestral arraigo en nuestra especie y que recientemente ha resurgido en la cultura urbana occidental con una gran pujanza y difusión. Comentaremos el posible origen entomológico en la génesis del tatuaje en nuestro linaje, y su posterior utilización como elemento de ornato - diferenciador – jerárquico que, hasta nuestros días, mantiene esta significación y utilidad miles de años después.

Veremos, tras el estudio de diferentes catálogos y ofertas en talleres y centros de tatuaje, cuáles son los artrópodos ofertados, en qué contexto, y cuáles son los más solicitados/ utilizados, tanto por los hombres como por las féminas, para llevarlos sobre sus pieles, y trataremos de analizar sus orígenes, sus motivaciones y sus causas.

Origen del dibujo corporal y del tatuaje, y sus posibles connotaciones entomológicas

No hace falta rebuscar mucho para encontrar una enorme belleza en la Naturaleza que nos rodea, sea en el mundo inorgánico, como en la textura y el color de un mineral, en la inmensidad de una noche estrellada o en la serenidad de un atardecer o de un paisaje, o en el orgánico, como en la librea y el canto de las aves, en la coloración de las mariposas o el rítmico salto de los delfines y, con la vanidad que como especie nos caracteriza, suponemos que somos los únicos seres capaces de apreciar y reaccionar ante estos estéticos parámetros.

Desde el mundo de la consciencia es muy probable que esto sea realidad, pero no puede negarse que en el Reino Animal son muchos los animales que también parecen vanidosos (y quizás también amantes de la belleza) y que, como nosotros, utilizan elementos ajenos, no ya para alojarse, defenderse, camuflarse, asemejarse a sus potenciales presas, construir nidos o dormideros, anunciar su liderazgo en el grupo o en un territorio, liberarse de parásitos, regular su metabolismo o temperatura corporal, etc., sino, como nosotros, para modificar su propio aspecto externo.

Circunscribiéndonos a los animales superiores, entre las aves, los alimoches ingieren heces de herbívoros para aumentar la concentración de carotenoides con los que colorean de amarillo su cara y les hace más atractivos y llamativos a sus hembras, y con la misma intención, también los ingieren los machos de los pinzones cebra. También los flamencos se tiñen de rosa merced a los organismos que ingieren y las grullas utilizan barro para “maquillarse” el plumaje y así resultar menos conspicuas y vulnerables durante el periodo reproductivo. Incluso sabemos que aves como los pergoleros, tilorricos y otras aves del paraíso utilizan muchos tipos de objetos ajenos y coloreados para atraer a las hembras a sus territorios y que, en parte, muestran semejanza con nuestro concepto estético en la elección de los colores y un cierto sentido artístico y de apreciación-potenciación de la belleza. Aunque estos elementos, por sorprendentes que parezcan, tienen un mero componente innato, normalmente asociado al cortejo y potenciar el éxito en su reproducción, no dejan de ser elementos existentes en la naturaleza que anuncian elementos más complejos que, con la Evolución, habrán de llegar.

También algunos mamíferos emplean éstas u otras técnicas utilizando elementos ajenos, como los machos de los antílopes topi africanos que se embadurnan la frente con barro para parecer más agresivos, más ostentosos ante sus competidores y más atractivos a las hembras, o los hipopótamos que extienden sobre sus cuartos traseros sus heces para confirmar su liderazgo. También los lémures que se embadurnan con secreciones de milpiés para hacerse atractivos y repeler a los insectos, los perezosos sudamericanos portan algas simbióticas verdosas en su pelaje para pasar más desapercibidos entre la vegetación, etc., pero en ningún caso su apariencia individual difiere significativamente a la que ostentan habitualmente, incluso en el propio periodo de celo, y es su propio estado fisiológico o su estructura social el que genera y ordena de forma pasiva el uso de estos materiales y, consecuentemente, es la Selección Natural la que ha llevado a tales comportamientos.

Lo que sí parece estar claro es que esta citada capacidad de apreciar y valorar lo bello ha sido consustancial a nuestra

especie y su linaje desde sus principios, y la obtención de “belleza ajena” (y con ella la pintura corporal y el tatuaje) a partir de elementos tomados de la naturaleza puede partir de una inicial motivación imitativa/accidental - curiosidad, que pasó a una aplicación utilitaria inmediata (de la que hablaremos más adelante) y después de empezar a asumir caracteres subjetivos de belleza - estética, adoptó más tarde una significación mágico - jerárquica, luego ostentosa - tribal, de ahí social - cultural, y por último llega hasta nuestros días como algo en apariencia meramente estética - grupal (discutiremos este aspecto), pero que en su conjunto, el tatuaje ha contribuido de forma determinante en la evolución biológica, social y cultural de nuestra especie, y obviamente en nuestra propia historia.

Respecto a nuestros parientes más cercanos en el tiempo, los Neandertales, sabemos y hay evidencias de que ya utilizaban elementos de adorno personal (los de la *Cueva del Reno* parecen sugerirlo) y muy probablemente se pintaban el cuerpo o el de sus muertos con pigmentos como carbón, hematita y dióxido de manganeso (aunque claro, hay quien sugiere que este comportamiento fuese imitativo respecto a los Cromañones que lo tenían plenamente desarrollado en sus poblaciones). Es cierto que ellos (los Neandertales) no dejaron ningún atisbo de representación simbólica en ninguna de sus manifestaciones, pero seguro que fueron los primeros humanos en ser conscientes de su aislamiento y de su inmensa diferencia respecto a los otros seres del mundo frío y hostil que les rodeaba. Lo que sí podemos asegurar de aquellos robustos hombres es su curiosidad por lo que les resultaba ajeno, sorprendente y probablemente “bello”, como demuestra el hallazgo en el interior de cuevas, a ellos inequívocamente asociadas, de minerales coloreados, conchas y fósiles que fueron voluntariamente transportadas allí (Israel: *Hayonim, Qafzel, Berekhat Ram* o *Quneitra*), incluso desde zonas alejadas, e intencionadamente coleccionadas (como harán más adelante nuestros antecesores hasta el día de hoy) como son las conchas, piritas o políperos hallados del Musteriense (Francia: *Arcy-sur-Cure*) y los fósiles, ámbar, piedras semipreciosas o minerales en otros yacimientos, lo que demuestra un atisbo inequívoco de intencionalidad estética y una curiosidad-atracción por la belleza de estos objetos que ni servían para comer ni para cazar. Los útiles musterienenses (periodo de hace 300.000 y 40.000 años) en jaspe brillante de *Fontmaure* o las numerosas piezas líticas de bifacies achelenses (periodo de hace 200.000 - 50.000 años) de extremadamente fina factura y delicado retoque (en peladura) superan la mera utilidad práctica y dan paso a los primeros objetos intencionalmente bellos. Con estas cualidades no cabe más remedio de suponer la capacidad conceptual y la sensibilidad hacia la belleza en estos seres.

En lo que respecta al dibujo corporal, la citada asociación de los Neandertales con minerales y pigmentos como dióxido de manganeso y ocre y primitivos pinceles (y *Terra Amata* en la Riviera francesa de 300.000 años) en varios yacimientos (p.ej. *Pech de l'Azé* o *Arcy-sur-Cure*, Francia), sugieren que muy probablemente se tatuaran el cuerpo, sin que pueda vincularse ni asegurarse el uso de estas prácticas como defensa contra parásitos, ornato, diferenciación - asunción del mundo animal, distinción personal o tribal, y dentro de ella a una determinada jerarquía social, aunque sí una probable división del trabajo entre hombres y mujeres, y tampoco parece que tuvieran capacidad de generar imágenes

sobre su cuerpo, puesto que no supieron plasmar en dos dimensiones esta habilidad sobre las paredes de las cuevas (aunque también se ha deducido imitación de los Cromañones).

En el caso de nuestra especie, y desde fases iniciales en su presencia conocida (las más antiguas corresponden al yacimiento de *Qafzeh* en Israel, hace 92.000 años) y cuando aún era habitual la vida nómada, ya se observa como característico el aprecio por la simetría y la curiosidad por los objetos naturales y muestran las primeras preocupaciones estéticas que la humanidad dejó como testimonio. Desde el Paleolítico Inferior aparece el uso de elementos abstractos y ajenos, imitados o tomados de la Naturaleza, seguramente pintados sobre el tegumento con ocre y barro (demostrado entre los Auriñacienses con pigmentos rojos sobre su cuerpo y enterramientos) y seguramente objetos orgánicos como plumas o madera que no han perdurado, pero sí los confeccionados con piedras, guijarros, fósiles, conchas, semillas, huesos, dientes, etc., que son conocidos desde el Chatelperroniense, y que por estar perforados (no hay yacimiento importante desde el Paleolítico Superior que no haya aportado este tipo de objetos) son asociados a la ornamentación personal a modo de pendientes, collares, taparrabos, redcillas, pectorales, brazaletes o pulseras colgados sobre su propio cuerpo, así como probablemente cosidos a su vestimenta y que fueron característicos de nuestra especie desde sus inicios, abundantemente empleados (algunos excelentemente conservados como los de *Grimaldi*), y aún hoy se emplean (empleamos) en todas las culturas.

La profusión y elección de este tipo de elementos naturales, sean dientes (principalmente caninos de carnívoros e incisivos de rumiantes), astas (de ciervo o reno), conchas (principalmente *Cypraea*, *Cyclope*, *Turritella*, *Trivia*, *Dentalium*, *Nucella*, etc.), fósiles o guijarros, son constantes en nuestra especie, tanto como elemento de adorno personal como elementos de diferenciación grupal. Unos y otros son símbolos de su capacidad de abstracción y el inicio del Arte, primero sobre sus propios cuerpos, después sobre sus atuendos y habitáculos, y así manifestaron sus ideas y creencias, que conllevaban un evidente sentimiento de perpetuarlas y hacerlas más duraderas y persistentes en la memoria colectiva del grupo. Este lenguaje sin palabras será el germen material de la abstracción, de la simbología y del lenguaje conceptual y abstracto.

El hallazgo de este tipo de elementos en zonas alejadas de su origen natural conlleva la idea del intercambio entre grupos y del transporte activo de tales elementos naturales y, consecuentemente, su gran importancia y significación social y cultural dentro del grupo. De la importancia social-cultural de estos objetos dan cuenta dos datos: sólo en el Paleolítico superior europeo se han descrito y catalogado más de 50.000 representaciones y ornamentos personales, y se han hallado enterramientos como el de *Sungir* en Rusia (de hace 28.000 años) con más de 5.000 cuentas talladas de marfil de mamut, junto a todo tipo de colgantes, azagayas, brazaletes y bastones, que implican miles de horas utilizadas en su tallado por parte de sus hacedores y que reflejan, no sólo la estética y espiritualidad alcanzada, sino también la categoría social de los enterrados y el poder que ostentaban sobre el grupo, y es la presencia de símbolos entendibles y sólo entendibles por esta determinada comunidad la que origina la etnicidad que nos caracteriza y que caracteriza nuestra historia.

Parece indudablemente que también la superficie de sus cuerpos portaría dibujos de elementos simbólicos diferenciales (estos no perdurables) que los definiera como grupo, como individuo dentro de él y que, en los términos del lenguaje social establecido sobre el cuerpo en cada cultura, mostrarán un rápido e inequívoco mensaje (no hablado) sobre su posición y jerarquía dentro de él, y los linajes “seleccionados” perpetuarán sus privilegios generando, sin duda, prácticas y rituales iniciáticos con sus elementos más jóvenes y que, de paso, los predispusiera socialmente al periodo reproductivo.

Se ha argumentado que esta pulsación de pintarse derivaría de su mera desnudez (ver bibliografía), pero sugerimos otra hipótesis. No es demasiado aventurado suponer el origen de todo este proceso surgiera en la imitación de la naturaleza, siendo muy probable que el hombre hubiera utilizado inicialmente el polvo, el barro y el ocre sobre su piel para liberarse de las pulgas, mosquitos, tábanos, piojos, garrapatas y otros parásitos de su piel desnuda, como hacían (y hacen) los elefantes, hipopótamos, rinocerontes o ungulados como bisontes, équidos, búfalos o facoceros, y quizás utilizar plumas y otros objetos en tocados o diademas que ayudarían a mantener alejadas a las moscas de sus caras, y lo que es aún más importante, que la obtención de estos elementos generaría una competencia que permitía a los más fuertes optar por los mejores recursos y, con ello, quedaría marcada la utilización de elementos distintivos asociados a su imagen como líderes del grupo, germen de las nuevas estructuras sociales, del poder, de la religiones y de la propia Historia. Esta “entomológica” hipótesis que hemos sugerido no requiere, por su lógica, demasiadas pruebas y persiste aún hoy día muchos pueblos, hoy agricultores o ganaderos, como los *Surmas* de Etiopía, cuyos niños cuidan el ganado y se embadurnan con sus heces, y tras la pubertad se estilizará este comportamiento con elaborados dibujos a los que se añaden elementos minerales y óxidos para su coloración, a veces imitando la piel de otros animales, que les darán categoría y reclamo visual al grupo sobre su virilidad, valentía o fuerza. El uso de arcillas, barros y tinciones aplicados sobre la superficie corporal (amén de escarificaciones, tatuajes permanentes y todo tipo de modificaciones corporales) está enormemente extendido en todas las culturas preindustriales humanas (*Heródoto* II, 85 citaba que las mujeres egipcias se embadurnaban la cara y la cabeza con barro en señal de luto) y la imitación del reino animal para captar sus poderes es evidente, no solo en cuanto a mamíferos o aves se refiere, sino también imitando algunos insectos, como es el caso de cazadores de Nueva Guinea que insertan sobre su nariz “cuernos” de escarabajos (Coleoptera: Scaraboidea) para potenciar su virilidad y coraje (Ebin, 1979). Todo esto puede darnos pistas de un comportamiento ancestral en nuestra especie, y los primeros elementos reales de estas características aparecen a principios del Paleolítico Superior (hace 30.000 años) como elementos simbólicos relacionados con ciertas características del/os animal/es del cual procedían los atributos asumidos (remanente de ello queda en los carnavales y multitud de fiestas populares de todo el mundo), así como el representar signos para demostrar un determinado rango de jerarquía dentro del grupo (como ostentan las marcas de lujo comerciales).

Desde nuestro ancestral linaje ya portamos el lenguaje visual y la capacidad de observar y aprender de los primates, y estos dibujos y adornos corporales pasaron de servir desde pasivos insecticidas a elementos útiles en el reconocimiento,

cohesión y tranquilidad general del grupo, con una trascendencia evolutiva impresionante, y a través de cuyas inmediatas señales se “evitarían problemas”, sabiendo en qué posición está cada uno dentro de él y qué comportamiento ha de asumir cada cual. Nada ha cambiado al respecto (seamos acomodado burgués, militar, punki, yuppie, top model, monje tibetano, gentleman, hippie, gótico o de uno u otro equipo de fútbol), y todos, todos, nos identificamos por una forma de vestir, adornarnos, perfumarnos, peinarnos o tatuarnos con elementos distintivos de nuestra pertenencia a un grupo social determinado y nuestra posición jerárquica dentro de él, sea por inercia, sea por vanidad, sea por cultura, sea por inconformismo o sea por mera imitación.

Como un elemento más a considerar, el tatuaje actual puede alcanzar niveles que más se acerquen a los instintos más básicos y jerarquizados (o biológico/animal) de nuestras sociedades, y siguen este mismo patrón desde los estratificados estamentos religiosos, monárquicos/ aristocráticos y militares (con su parafernalia de mitras, diademas, coronas y medallas) a los *melandros*, *maras* y demás bandas latinas, donde desde los atributos externos al tatuaje corporal se exhiben ostentosamente como símbolos portados por los elementos del grupo para diferenciar visual e inequívocamente la pertenencia, el rango y prestigio de cada individuo o de unos respecto a otros, dando mayor eficacia a su organización como grupo.

En el caso de los grupos humanos, el dibujo corporal se hizo más elaborado conforme las sociedades se hicieron más complejas y sus técnicas y utillaje fue perfeccionándose. El uso de materiales y elementos ajenos sobre su cuerpo abre paso, de forma más arbitraria, a la elección subjetiva de unos y no otros materiales empleados, de la elección de los colores y las formas, y posteriormente a una mayor elaboración y complejidad en su aspecto, tratamiento y uso, generando una paralela apreciación en el empleo de formas y materiales que en cada momento resultaban más eficaces, llamativos o duraderos, y alejándose cada vez más en el uso de materiales orgánicos o perecederos por los que inicialmente tenían al alcance de la mano en la misma naturaleza circundante (huesos, semillas, conchas, piedras, etc.) y elaborando más y más complejos objetos. Simultáneamente parece obvio el proceso paralelo de aprendizaje por parte del grupo en el reconocimiento y significado de estos símbolos, y que, por complejos que llegaran a ser, se inicia el proceso de abstracción y síntesis generalizada, de admiración y valoración en la percepción de tales elementos abstractos y de su incidencia en el comportamiento del grupo, hasta tal punto que incluso, y desde muy al inicio, les acompañará en sus ajueres funerarios.

Al dibujo corporal y los adornos se añadirán todo tipo de vestimenta y objetos diferenciadores ajenos al propio cuerpo (los bastones de mando son ya típicos del Magdaleniense) y prácticas diferenciadoras sobre el propio cuerpo que reflejen la ostentación de una jerarquía. Un amplio abanico de costumbres dan idea de la importancia social de estos elementos, y hallaremos todo tipo de prácticas realizadas directamente sobre el propio cuerpo del individuo para distinguirlo, y no ya simple pigmentos aplicados sobre la piel, sino tatuados conllevando dolor corporal (tatuajes permanentes), escarificaciones, afeitados de cuero cabelludo, deformaciones de cráneos, vértebras, pies, labios y pabellones auditivos, limado de piezas dentarias, etc., (al margen de rituales genitales de ablación del clítoris y circuncisión) que mayoritariamente no dejaron

constancia en los restos óseos prehistóricos, pero que sí dejaron impronta de su ancestral utilización, sea por estética, atractivo sexual, categoría social, creencias religiosas o costumbres ceremoniales, iniciáticas o sexistas (machistas), prácticas que están muy documentadas y extendidas en todas civilizaciones y culturas pretéritas y actuales (Ebin, 1979; Brain, 1984), y este comportamiento de diferenciación social y jerárquico es característico de nuestra especie desde los Cromañones, y no ha habido cultura que posteriormente haya dejado de practicarlo (ver bibliografía).

El uso de dibujos sobre la piel ya se sugiere a partir de las primeras representaciones de figuras humanas en el Arte Parietal (algunos huesecitos muy puntiagudos hallados en la Cueva de *Aurignac* sugieren su práctica) y está documentada en sociedades prehistóricas desde el Neolítico al reciente, desde los grupos humanos de Guinea Papúa y los *Ona* de Tierra de Fuego a los grupos amazónicos y los *Shimba* de Namibia, así como en aquellos que han entrado en la Historia, como en los Pueblos Precolombinos, los Tracios y las civilizaciones orientales, que se pintaban/an la piel con elementos que iban desde la arcilla, carbón, polvo de hemetita, óxidos, semillas y grasa animal y vegetal a otros componentes mucho más sofisticados como las hennas del Mundo Indo-Musulmán o los utilizados en China o Japón (generando la cosmética y el maquillaje) y haciendo de estas costumbres una práctica general en nuestra especie, y aún hoy sigue muy extendida entre muchos pueblos nativos actuales, hasta el punto que no hay muchos grupos humanos que no lo practique, generalmente asociado a los atributos grupales, sociales o jerárquicos (Lombroso, 1876).

Al margen del dibujo corporal, el hombre de la Antigüedad debió pronto dar paso al tatuaje (permanente) en sus distintas técnicas (punción, sutura, escarificación, quemadura o tatuaje con pigmentos), prácticas que conllevan dolor y que por ello adquieren un carácter iniciático con nuevos sentidos muy importantes: el sacrificial, el iniciático, el místico, el erótico, el jerárquico y el mágico. Aún hoy día el tatuaje está muy relacionado con las prácticas iniciáticas en muchas culturas. Se supone que si un niño no podía aguantar el dolor de un tatuaje sería inútil en batalla y, del mismo modo, para una niña y el dolor del parto, y multitud de ejemplos han sido descritos (Lombroso, 1876; Hambly, 1925; Pearson, 1996).

Con el historial que hemos adelantado en este apartado, la técnica del tatuaje ha sido utilizada para muy diversos fines e intencionalidades, como ahora veremos, pero llega hasta nuestros días en Occidente íntimamente asociada o seguida por otros procesos de modificación corporal, especialmente el *Piercing* (práctica frecuentemente repudiada pero social y plenamente aceptada sobre los indefensos bebés de sexo femenino dentro de nuestra “civilizada” cultura) y en mucha menor medida con otras intervenciones corporales más extremas como los denominados *branding* (quemarse la piel), las escarificaciones y la práctica de las suspensiones (*o-keepa*) tomada de la práctica ceremonial de iniciación realizada por la tribu de los *Mandans*, de Missouri, etc.

Veremos que con métodos mucho más elaborados, hoy día el tatuaje mantiene muchas veces similar mensaje en su lenguaje, estética, ostentación e intencionalidad a los anotados, y mantiene en ocasiones similar intención biológica, social y jerarquizadora que en nuestros más primitivos ancestros, por mucho siglo XXI en el que estemos.

Etimología

Obviamente la palabra latina que podría relacionarse con lo que entendemos por tatuaje sería estigma (del lat. *stigma*, y éste del gr. *στίγμα*, picadura), que entre sus múltiples definiciones está la asociada con una marca hecha sobre la piel de un individuo con un instrumento afilado y que se aplicaba sobre la piel de un fugitivo, esclavo o criminal con el objeto de su inmediato reconocimiento y de mostrar permanentemente su culpabilidad, y el término fue aplicado por el Cristianismo en términos místicos (San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, etc.) y aún es aplicado este término con este concepto peyorativamente identificativo (infamia a modo de “cruz” o de “San Benito”) en muchas acepciones de la vida contemporánea. Pero es obvio que el término se quedaba corto para todo lo que vino después.

La palabra tatuaje se origina de la palabra inglesa *tattoo*, que a su vez proviene del término samoano *tattaw / tátau*, que significa *marcar o golpear dos veces* (refiriéndose este último al método tradicional de aplicar los diseños o plantillas entre los samoanos para tatuarse y posee el mismo significado y sentido que el vocablo árabe *daqq*), y el término fue traído por los marineros que viajaban por el Pacífico sur, quienes quedaron fascinados por sus tatuajes. El alemán lo asumió como *tatowiren* y el francés lo asumió como *tatouage* y de éste pasó al castellano como tatuaje (= acción y efecto de tatuar) y tatuar (= grabar dibujos en la piel humana, introduciendo materias colorantes bajo la epidermis, por las punzadas o picaduras previamente dispuestas). A los entusiastas del tatuaje parece que estos términos no le resultan suficientemente “modernos” y pueden referirse a los tatuajes como «tattoo / tatoos» o tatú / tatús», aunque ninguno de estos términos están recogidos en el Diccionario de la Real Academia Española ni en el Diccionario Panhispánico de dudas. (Para el similar caso del grafiti ver Monserrat & Aguilar, 2007).

Anteriormente hemos hecho numerosas referencias a los dibujos corporales, génesis de los tatuajes propiamente dichos y que enlazan con el actual *Body Art* y *Body Painting*. En esta contribución nos referiremos únicamente a los tatuajes según considera la citada Real Academia, y particularmente a los de pequeño formato (Fig. 1-15).

Breve historia del tatuaje

Parece que la práctica del tatuaje es característica de las culturas euroasiáticas, aunque hay algunas referencias en África y América que citaremos. La antigüedad de esta práctica no ha dejado constancia, pero probablemente es consustancial al hombre y ya se practicaba al menos hace 6.000 años (Rolle, 1980; Brain, 1984; Rubin, 1988; Spindler, 1995; Allison, 1996; Dorfer & Moser, 1998; Feartherstone, 1991, 1999; Caplan, 2000; Alvrus, 2001), y se ha constatado que sin duda ya en el Neolítico y en la Edad de Hierro se practicaba, y el *Hombre del Hielo* al que llamaron *Ötzi* (el cadáver humano con piel más antiguo que se ha encontrado) de alrededor de 5.200 años de antigüedad, tenía nada menos que 57 tatuajes en la espalda y las rodillas (ver Spindler, 1995). Su significación ha sido sugerida como terapéutica, aunque más adelante otras culturas lo han utilizado con significados mágicos o simbólicos. Así veremos cómo fue utilizado en Antiguo Egipto con estos motivos o rituales y sociales (Alvrus *et al.*, 2001) y para marcar a los criminales, práctica extendida entre los persas y que fue heredada por las antiguas Grecia y Roma y

que los *Goths*, tribu de los Bárbaros Germánicos, hacían con sus esclavos.

Antes de entrar en las prácticas del tatuaje en Occidente mencionemos que es Polinesia la región que posee la más continuada tradición en el tatuaje, y que era y es utilizado como ornamentación corporal e identificación comunal. Aún chavales (a unos 8 años) eran recluidos en cuevas durante tres meses para que sus cuerpos se mantuvieran blancos y se iniciaba el doloroso tatuaje de sus cuerpos (iniciación) que se prolongaba durante toda la vida hasta que no quedará región del él sin ellos, confirmando una jerarquía y generando un progresivo respeto del grupo. También los *Maories* de Nueva Zelanda practicaban el arte *moko* usando figuras curvas tatuadas para atrapar la energía cósmica y los utilizaban para asustar a grupos enemigos y socialmente eran usados como una forma de identificación con respecto al rango, genealogía, historia tribal, elegibilidad para contraer matrimonio, belleza y virilidad. Las mujeres maories sólo podían ser tatuadas en sus labios, alrededor de la barbilla y a veces las fosas nasales. En las Islas Hawái disponen de un extenso muestrario de dioses dedicados a cada tatuaje y numerosa simbología, en las Islas Marquesas los tatuajes tenían un profundo significado sexual, social, mágico y religioso (Brain, 1984), y en Australia los aborígenes utilizaban un hueso de albatros de punta muy fina, incrustado en un mango de madera y se percutía sobre la piel haciendo una incisión sobre la que se depositaba un colorante con un pincel (tatuaje por sajadura). Vemos lo extendido de esta práctica en esta zona y claros ejemplos de lo anteriormente argumentado (funcionalidad social, jerárquica e iniciática).

En Oriente siguió el mismo ancestral propósito que hemos sugerido, y sin duda hubo influencia desde el 1.000 a. C. a través de las rutas comerciales a la India, China y Japón. Hay registros griegos de estas prácticas conforme el Helenismo iba entrando en contacto con numerosos pueblos y culturas de Asia, mayoritariamente con carácter religioso o sagrado, aunque en ocasiones también con carácter punitivo relacionado con la esclavitud, costumbres de donde parece tomaron los propios griegos. Muchas de estas referencias serán posteriormente corroboradas por escritores y geógrafos romanos.

En Tíbet se aplicaban tatuajes para garantizar la salud física a largo plazo. Estos diseños fueron tatuados en *chakra* (energía de puntos) en el cuerpo para ayudar a que el portador del tatuaje lograra la armonía física, emocional y espiritual. En India es conocido el tatuaje tribal (*adivasi*) y tradicional (*godna*), en el que los temas religiosos (*Krishna* y *Lakshmi* portaban tatuajes) se mezclan con los naturales, flores y animales totémicos, y entre ellos no faltan escorpiones, abejas o moscas (ver Rao, 1942-1945), siendo también elementos relacionados con la atracción física y reconocimiento y estatus social.

En China mantuvo su carácter iniciático entre la nobleza y los sacerdotes. Las jóvenes eran tatuadas con mariposas, flores, etc., al entrar en la pubertad prematrimonial y los monjes *Shao-Lin*, tras su formación y como última prueba antes de convertirse en Maestros, debían coger con los antebrazos un brasero al rojo vivo que les grababa un dragón, símbolo de la sabiduría, al igual que la serpiente, y un tigre, símbolo de fuerza y nobleza.

En Japón se practicó desde el siglo X a.C., y progresivamente, y desde su utilización inicial para marcar en los

brazos o frente a los delincuentes (ser tatuado constituía el peor de los castigos), fue siendo asimilado por sectores cada vez más poderosos hasta llegar a ser utilizado por el emperador en el siglo V como ornamento corporal de uso exclusivo. Con la época medieval en retroceso, fue traducida al japonés en el siglo XVII *Suikoden*, una novela china (s. XIV) que popularizó y renovó el interés por el tatuaje haciendo de él una forma popular de decoración y de coleccionismo. Los *Horis* (talladores de madera) fueron los indiscutibles maestros, generando variadas y coloridas propuestas que se conocen como la forma de arte de tatuaje tradicional japonés, llamada *horimono*. Durante el siglo XVIII esta práctica se convertiría en una auténtica manía, especialmente entre las clases obreras japonesas. El arte japonés de impresión en madera floreció, las impresiones se llamaban *ukiyo-e*, y esta técnica tuvo gran influencia sobre el tatuaje. Era común que los amantes llevaran cada uno la mitad de un tatuaje que al juntarse formaban una sola figura (*irebokuro*) en las que no faltaban las mariposas o libélulas. La generalización del tatuaje se extendió con rivalidad entre nobleza y mercaderes, hasta el punto de que en el año 1842 el emperador *Matsuhito* (1867-1912) decidió prohibir su práctica porque contradecían las enseñanzas de *Confucio*, quien sostenía que hay que mantener el cuerpo de la misma forma en que se recibe al nacer (suponemos que menos los pies de las *Geishas*, claro, que por cierto, eran bella- y frecuentemente tatuadas en la espalda), acabando por permanecer entre las clases más bajas y desfavorecidas (y como elemento punitivo entre sobre los condenados). Algunos de sus más afamados artistas como *Hokusai* o *Kuniyoshi* fueron muy apreciados, otros *Utamaro* diseñaron varios tatuajes, y otros como *Hori Chiyo* acabaron trabajando para la realeza y aristocracia inglesa o rusa. En Japón el cuerpo desnudo no fue elevado a la categoría “divina” que adquirió en el Mundo Clásico y en el Renacimiento europeo, sino que el tatuaje cubriría la desnudez “animal” otorgando estos atributos, y en japonés la palabra usada para los diseños tradicionales o usando métodos tradicionales es *irezumi* (inserción de tinta y tatuaje de cuerpo entero que parece provenir del deseo por ocultar las marcas de castigo) y mantienen el término *tattoo* para diseños de origen no japonés, siendo uno de los países con mayor y más longeva tradición de tatuaje en el mundo, donde sigue siendo utilizado por los *yacuzas*, la mafia japonesa (Brain, 1984).

En Sumatra, los *Pagai* se tatuaban un signo por cada enemigo que mataban, y un esquimal que mataba a un enemigo se hacía una o dos rayas azules bajo la nariz conquistando entonces el título honorífico de *torkrota* (homicida). Sobre estas prácticas en momias de esquimales ver Smith & Zimmermann (1975); Zimmermann (1980) o Kromann *et al.* (1989).

Desde Asia estas prácticas llegaron a Oceanía donde las hemos visto enormemente extendidas y el grupo amerindio recibió estas ancestrales prácticas, especialmente el dibujo corporal, que estaban muy extendidas en los pueblos nativos precolombinos (y preanglosajones). En América del norte, los indígenas utilizaban los tatuajes como parte del ritual de paso a la madurez con el fin de proteger su alma. En América central eran los animales los elementos más frecuentes y las tribus utilizaban los tatuajes a modo de conmemoración de los difuntos, de los caídos en batalla y como práctica de adoración de los dioses. Bernal Díaz del Castillo, cronista del “descubrimiento”, indicaba en su *Historia verdadera de la Nueva*

España que los nativos mexicanos se “taraceaban” la piel (taracear = adornar con taracea, término con el que se ha identificado frecuentemente el acto de realizar un tatuaje o taraceo). En América del sur está enormemente extendida la práctica del dibujo corporal con fines sociales, rituales y espirituales, y con alguna entomológica excepción que veremos, solían ser temporales o asociadas a escarificaciones y otras prácticas de identificación personal y destacan por el empleo del color en numerosos pueblos nativos de Colombia, Brasil, la región del Gran Chaco (Argentina, Paraguay y Bolivia) y entre los *Tehuelches* o *Patagones*. Ya el propio Darwin describió el tatuaje sexual entre los *Taizianas*, *Tobas* y *Guaraníes* y Scott & Gotch (1986) lo traslada al tatuaje urbano contemporáneo y Beard (1992) aporta la importancia del tatuaje en el atractivo sexual femenino.

A los elementos sociales/jerárquicos anteriormente esgrimidos sobre la génesis del dibujo corporal y del tatuaje hay que ir añadiendo nuevos elementos de carácter sobrenatural y estos van a adquirir un carácter mágico, conforme las religiones van siendo más y más complejas. En el supersticioso Antiguo Egipto tuvo un carácter eminentemente mágico, y generalmente asociadas al elemento femenino, siendo las concubinas, danzarinas y cantantes las más señaladas, frecuentemente con el símbolo del Dios *Bes* (del que más tarde haremos referencia). También las sacerdotisas se tatuaban con funciones protectoras y mágicas. La sacerdotisa egipcia *Amunet*, adoradora de *Hathor* diosa del amor y la fertilidad, quien vivió en Tebas (alrededor del 2.000 a.C.), poseía tatuajes, de un estilo muy similar a los del *Hombre del Hielo*, trazos gruesos lineales y simples con puntos y rayas, preferentemente de color negro. También a los discípulos en los Colegios Sacerdotales se les grababa a fuego en el hombro izquierdo con

► **Fig. 1-18:** Tatuajes con motivos artropodianos. **1:** Phnom Penh (Camboya), fotografía del autor (2007). **2:** Bahía de Halong (Vietnam), fotografía del autor (2007). **3:** Madrid (España), fotografía cedida al autor (2009). **4:** Madrid (España), fotografía cedida al autor (2009). **5:** de Tattoo you Emporium. **6:** Siem Reap (Camboya), fotografía del autor (2007). **7:** Bello Horizonte (Brasil), fotografía del autor (2009). **8:** de Tattooist Gallery. **9:** San Francisco (USA), fotografía de Zina Deretsky (2010). **10:** Madrid (España), fotografía de Arancha Hurtado de Saracho (2010). **11:** de Tattooist Gallery, fotografía de Koodgee, de Tattoo you Emporium, Adelaide. **12:** Madrid (España), fotografía de Diego Garcia-Bellido Capdevila (2010). **13:** Madrid (España), fotografía de Marta Martín Caballero (2010). **14:** Madrid (España), fotografía de Antonio Cabeza (2010). **15:** Madrid (España), fotografía de Sara Segovia. **16-18:** Muestrarios de Tattoo you Emporium, Adelaide, South Australia.

► **Fig. 1-18:** Tattoos with arthropodian motives. **1:** Phnom Penh (Cambodia), picture of the author (2007). **2:** Halong Bay (Vietnam), picture of the author (2007). **3:** Madrid (Spain), picture ceded to the author (2009). **4:** Madrid (Spain), picture ceded to the author (2009). **5:** of Tattoo you Emporium. **6:** Siem Reap (Cambodia), photography of the author (2007). **7:** Bello Horizonte (Brazil), picture of the author (2009). **8:** of Tattooist Gallery. **9:** San Francisco (USA), photograph by Zina Deretsky (2010). **10:** Madrid (Spain), photograph by Arancha Hurtado de Saracho (2010). **11:** of Tattooist Gallery, photograph by Koodgee, from Tattoo you Emporium, Adelaide. **12:** Madrid (España), photograph by Diego Garcia-Bellido Capdevila (2010). **13:** Madrid (Spain), photograph by Marta Martín Caballero (2010). **14:** Madrid (Spain), photograph by Antonio Cabeza (2010). **15:** Madrid (España), photograph by Sara Segovia (2010). **16-18:** Swatches from Tattoo you Emporium, Adelaide, South Australia.



unas tenazas especiales que marcaban por delante y por detrás el símbolo de la serpiente *Oreus* que les volvía inmunes a todo (la cauterización ya se recoge en el babilónico *Código de Hammurabi* y está registrado entre los egipcios, ptolemaicos, griegos, romanos, escitas, sirios, etc., y se utilizó punitivamente sobre convictos en casi toda Europa, en Francia hasta 1832 y Rusia hasta 1864 y posee una trayectoria paralela al tatuaje). También se ha asociado con ritos funerarios y de fertilidad y se han encontrado sobre figurillas femeninas datadas entre 4.000 y 2.000 a.C. (ej. las bailarinas desnudas de *Badari* del año 4.000 a.C.) y en la Tumba de *Seti* (1.330 a.C.) con tatuajes en brazos y piernas (Bianchi, 1988). También han sido hallados tatuajes en manos de momias femeninas en Nubia (Meroítico sudanés, hace 2.000 años) que parecen reflejar su estatus social (Alvrus *et al.*, 2001). También *Heródoto* (II, 113) cita un santuario en la costa del delta del Nilo donde si un esclavo se refugiaba en él y se tatuaba los estigmas del dios y se entregaba a él, adquiría el derecho de asilo y nadie podía tocarle.

Probablemente de Egipto estas prácticas se extendieron hacia Asia, siendo citadas entre los *Escitas* (la mejor prueba es el enterramiento del jefe guerrero preservado congelado y hallado en 1948 en Siberia con elaborados dibujos animales tatuados) y por el Mediterráneo, siendo conocidas en enterramientos en Turquía, y es muy probable que estas prácticas estuvieran extendidas por toda la Región Mediterránea y están documentadas entre los *Tracios* (*Heródoto* V, 6, c. 500 a.C. lo citaba como muestra de su noble estatus social y linaje) y son frecuentes en escenas mitológicas, sacrificiales o bélicas en vasos griegos, tanto en hombres como en mujeres (generalmente líneas geométricas, pero también flores y animales), y los *Fenicios* se tatuaban en la frente, como elementos ostentosos remanentes de la evolución social del tatuaje, y ya hemos citado su utilización para marcar criminales y delincuentes, pasando como veremos a Grecia y a Roma.

Entrando en la discontinua historia del tatuaje en Occidente, digamos que la ausencia de datos en la antigua Grecia sugiere que esta práctica no estaba generalizada y que fue tras el contacto con los persas cuando debieron adoptar el tatuaje para marcar a delincuentes y esclavos (primera referencia en un poema de *Asius de Samos* del s. VI a.C., cuya ciudad precisamente sugiere con su proximidad de Asia estas “bárbaras prácticas” y según contaba *Plutarco*, los Samosanos tatuaban a los Atenenses prisioneros con una lechuza y curiosamente acabaron siendo tatuados con su típico barco cuando los atenienses les hicieron prisioneros). El caso es que con el tiempo, y quizás por influencia tracia, acabó por ser asumido y utilizado por la clase sacerdotal (no se generalizó entre los griegos comunes por considerarse una práctica bárbara) y así aparentemente tatuadas, aparecen numerosas figuras en su cerámica. Cuenta *Heródoto* (VII, 233) que por orden de *Jerges*, fue marcado (*marcas reales* a hierro candente) *Leontiades* como un vil esclavo junto a sus seguidores, y también (V, 35) que *Histioteo*, hombre con la cabeza tatuada, envió a *Aristágoras* un emisario para decirle que se sublevase contra el rey persa Darío, y para que no conociese el mensaje, rapó la cabeza de su más fiel servidor y sobre ella tatuó el mensaje. Esperó a que le creciese el pelo y lo envió con el simple encargo de que al llegar a Mileto pidiese a *Aristágoras* que lo rapase, y así pudo leer el mensaje oculto bajo la melena. También conocemos que acostumbraban tatuarse serpientes, toros y motivos religiosos y no hay duda que también se tatuarían escorpio-

nes, avispas o arañas como elementos amenazantes, protectores o aposemáticos similares a los que portaban dibujados sobre sus escudos (Davies & Kathirithamby, 1954), práctica que también es conocido entre los guerreros bretones y anglosajones que citaba *Plinio*, y con este aparente fin aparecen en tatuajes y escarificaciones de muy diversas culturas nativas (Pearson, 1996; Caplan, 2000). En Grecia esta práctica se limitó a esclavos fugitivos, si eran recuperados por sus dueños, y también hay numerosas referencias de castigos a malhechores mediante tatuajes a hierro candente (*Heródoto* VII, 35, V, 90, 118, 233) y cuenta *Petronio* en el *Satyricón* que los esclavos se dejaban crecer el pelo para ocultar sus estigmas y existen numerosas referencias en textos y el teatro griegos, desde inscripciones de *Asclepio* en *Epidauro* a *Las avispas* de *Aristófanes*.

En Roma era costumbre de honor entre los soldados portar tatuado el nombre del Emperador en el brazo derecho y la fecha de incorporación al ejército, y se potenció el marcaje entre los malhechores y fue donde se gestó definitivamente la asociación del tatuaje con la delincuencia con máximo apogeo hacia el s. III. La señal de castigo y los nombres de las víctimas marcadas en sus frentes o como esclavos les impedía ser ciudadanos, incluso si fueran capaces de comprar su libertad, y los tatuajes de los delincuentes, como marcas de culpabilidad, comenzaron a representar un orgullo entre ellos. Hoy, todavía son una marca de honor entre delincuentes. No faltan referencias en la jurisprudencia y literatura romana (ej. *Aelia Sentia* de *Augusto* o *Satiricón* de *Petronio*) y textos militares (*Vegetius*). Para el tatuaje en el Mundo Greco-Romano consúltese Jones (1987), Gustafson (1997) o Caplan (2000).

En el tránsito hacia el Cristianismo, la práctica punitiva del tatuaje se mantuvo, y quizás sintiéndose perseguidos y como otros “delincuentes”, los antiguos cristianos se tatuaban en el brazo y la región palmar (hay numerosas referencias como las de *Cipriano el Africano*, *Procopio de Gaza* o *Hilario de Poitiers* que lo atestiguan) y en el Imperio Bizantino se mantuvo esta práctica aunque fue reprimida por el iconoclasta emperador *Teófilo* (829 - 842) y la práctica, aparentemente muy extendida por motivo de bautismo, de peregrinajes o por las propias palabras de San Pablo (*Gálatas* 6.17: “*lleva las marcas de Jesús en mi cuerpo tatuadas*”) que aunque probablemente metafóricas, debieron ejercer una enorme influencia entre aquellos cristianos. Aún así fue cayendo en desuso con la prohibición del tatuaje en la cara por el emperador *Constantino* y (aunque Dios había tatuado a Caín antes de mandarlo al exilio *Génesis* 14,15), y el Cristianismo oficial lo abolió y se prohibió el tatuaje (*27ª Canon de Basilea*) por considerarlo satánico y porque algún texto sagrado (compartido con el Islam) lo vedaba expresamente: En el *Levítico* (capítulo 19: 28) se dice “*No haréis incisiones en la carne por los muertos; ni os haréis figuras o marcas (tatuajes) sobre vosotros. Yo, Jahveh*”. Si el hombre fue creado a imagen de Dios, era pecado alterar dicha obra” (menos la circuncisión, claro). A pesar de ello, en la Europa Medieval se conservan trazas de estas atávicas costumbres que vinculaban el tatuaje con los condenados y con la categoría social del tatuado (los recoge el *Código de las Partidas –ley XXI, tit. XXI, partida II-* entre las cosas a conservar entre los caballeros) y también se fue extendiendo entre los artesanos (tatuaje menesteral) conforme iban gestando su identidad dentro de la sociedad. Sin duda estaba extendido entre los *Celtas*, que tatuaban o pintaban de

azul sus rostros y sus cuerpos para marcar su estatus, protegerlos de espíritus malignos y asegurar la victoria en la batalla y registro escrito nos dejó *La guerra de las Galias* de Julio César. La tradición de *knotwork* del tatuaje (signos celtas) deriva de los manuscritos celtas de Gran Bretaña y de Irlanda y se extendió a Escocia (*Heródoto* hace referencia de esta costumbre sobre los desnudos escoceses con dibujos diversos y de animales, como también cita pintarse el cuerpo de blanco y rojo entre los guerreros etíopes). Invasores vikingos se apropiaron de los diseños celtas en su propia cultura, a menudo agregando animales totémicos entre los entrelazados diseños. Tras la cristianización, el tatuaje mantendría la ambigüedad típica de esta práctica en Occidente.

Aunque la costumbre de tatuarse fue teóricamente desaterrada, por considerarse sinónimo de idolatría y superstición, hay referencias que los cruzados se hacían tatuar crucifijos para asegurarse un entierro cristiano. También los peregrinos que iban a Jerusalén se hacían tatuar para recordar su viaje, y los sacerdotes coptos se sentaban extramuros en Jerusalén y esperaban a los peregrinos para practicarles este tipo de tatuaje. Así el citado *Código de las Partidas (Ley XXI, tit. XXI, Partida II)* dice que "los señalaban en los brazos diestros con fierros calientes de señal, que ninguno otro ome lo avia de traer si non ellos". Generalmente estos tatuajes eran sólo una simple cruz, pero algunos peregrinos optaron por símbolos más elaborados de su arriesgado viaje, como imágenes de la Piedad o de San Jorge matando al dragón (imágenes que curiosamente veremos aún entre los presidiarios rusos). La inquisición persiguió a quienes llevaban tatuajes sobre sus pieles, pues se consideraban signos de brujería y, por tanto, herejías, aunque parece conservarse entre los peregrinos que acudían al Santuario de Nuestra Señora de Loreto (Artacho Cabrera, 1936).

Los peregrinos musulmanes que visitaban la Meca y Medina hicieron lo propio, y está muy extendido el uso cultural, especialmente en rituales matrimoniales, de henna o alheña (del árabe الحناء *al-hinnā*) en India, Pakistán, Irán y norte de África. Con la extensión de estas religiones mono-teístas, y como tantas otras miles de cosas, una tradición milenaria fue borrada del mapa durante siglos.

Más tarde Europa tuvo noticias de estas prácticas a través de los relatos de Marco Polo, que describió los tatuajes existentes en los habitantes de Laos y Birmania. Cuando los exploradores europeos llegaron por primera vez al Nuevo Mundo, descubrieron que el tatuaje estaba muy extendido por los nativos americanos, y después de siglos de ausencia en la cultura popular europea (reservada a delincuentes y soldadesca, y ocultada fue ganando adeptos entre astrólogos, médicos/magos, alquimistas y demás sectas y ciencias ocultas, etc.), el tatuaje resurgió tras los contactos de los exploradores del norte y sur de América y sus relatos y escritos, y los virreyes españoles no tardaron en hacer herrar el águila bicéfala de su escudo con hierros candentes en los cuerpos de los sometidos nativos. Por otra parte estas prácticas ya estaban extendidas entre la población carcelaria española (El Licenciado Chaves en el s. XVI escribía "entre los valientes de la cárcel de Sevilla era regla el llevar punzado un corazón de cardenillo en la mano o en el brazo, como letras de esclavo herrado"), y sobre estas costumbres en las Islas Canarias consúltese Geare (1903).

Nuevos los libros de viajes y sus ilustraciones pusieron en conocimiento estas lejanas prácticas, y más recién

temente el tatuaje llegó a Occidente por vía marítima a través de las expediciones del capitán *James Cook* por las islas de la Polinesia, y fue *J. Banks* (1.743-1.820), artista y científico que navegó junto al capitán *Cook*, quien describió en 1.769 el proceso del tatuaje de la Polinesia, donde ya hemos citado la admiración que causaron entre sus marineros quienes tuvieron contacto con los indígenas maoríes y otras tribus y que les introdujeron en el arte de tatuar. Con el tiempo esas inscripciones sirvieron para identificar a los más revoltosos (por ejemplo en el motín del *Bounty* de 1.789 y el juicio contra los amotinados propició el estereotipo de la asociación entre los tatuajes y la delincuencia). A su vuelta algunos abrieron sus propios estudios de tatuaje y popularizaron esta disciplina entre los sectores populares y llevaron sus aprendizajes a las zonas portuarias de las colonias. Durante la *Guerra de Secesión* y la *Guerra Civil* de los Estados Unidos, el arte del tatuaje experimentó un gran crecimiento y popularidad con gran demanda de diseños patrióticos (*Thomas Edison* lucía cinco puntos en su brazo izquierdo). *Martin Hildebrandt* tatuó a cientos de soldados y marineros y en 1870 abre en New York lo que aparentemente fue el primer estudio de tatuajes, en Oak Street, y con el taller de *Samuel O'Reilly* (1875) *Chatham Square* se convirtió en la Meca del tatuaje (y del sexo, la cerveza y el juego). Personajes como *Fellows*, *Hildebrandt* y el citado *O'Reilly*, el inventor en 1.891 de la máquina de tatuar, fueron los encargados de hacer de esta práctica una auténtica profesión, mayoritariamente reservada a las clases más bajas de los estamentos sociales y se practicaba en las trastiendas de la salas de cerveza y barberías, y fue, poco a poco, ganando adeptos en las clases suburbanas, a pesar de considerarse ilegal en numerosos estados (Ohio, Wisconsin, Indiana, Virginia, Oklahoma, etc.). En Europa el primer centro fue creado en 1870 por *David Purdy* en Holloway, Londres. Lo anotado tras la *Guerra de Secesión* y la *Guerra Civil* se repetiría entre los soldados de la *II Guerra Mundial*, *Guerra de Corea* y *de Vietnam*, pero a los habituales símbolos patrióticos se fueron añadiendo otros antimilitaristas, pacifistas y culturales (hojas de marihuana, palomas, motos, etc.) que contribuyeron a expandir su uso y popularidad y a organizarse y profesionalizar a sus hacedores.

Las autoridades militares del Imperio Otomano tatuaron a sus soldados en Bosnia para impedir las desertiones y durante las Guerras Mundiales, el tatuaje representó una señal de pertenencia entre los soldados y ha sido signo de identidad generalizada en las sociedades marginales. En Europa, y durante la Alemania nazi, se recurrió de nuevo el tatuaje para humillar y distinguir a los prisioneros de los campos de concentración marcando con triángulos a los deportados (rojo para los prisioneros políticos, rosa para los homosexuales, pardo para los gitanos y doble opuestos/estrella de David para los judíos). Curiosamente los oficiales de las *SS* eran tatuados en la axila con sus iniciales y su grupo sanguíneo con el fin de darles ventaja en los hospitales y aunque nos parezca impensable, esta práctica de estigmatizar a reos y ciertos delincuentes sigue vigente, desde el Punjab a países occidentales "ejemplos de democracia".

Con un carácter marcadamente ambiguo, el tatuaje no solo era un elemento punitivo y estigmatizador de estas desafortunadas poblaciones, sino que a la vez adquirió un elemento exhibicionista y de atracción / reclamo en muchos artistas en circos, espectáculos públicos y cabarets desde

finales del s. XIX a los relajados Felices 20, y tras la I Guerra Mundial la nueva moralidad acabó por prohibirla en espectáculos públicos, reservándose, como no, a las esferas más acomodadas donde pasó como “honorable” y se “justificó siguiendo la larga tradición jerárquica y caballeresca del tatuaje, manteniendo su “puntito” entre las clases más poderosas y aristócratas europeas que añadieron de este arte influencias del practicado en Japón, y que según la rumorología y “ecos de sociedad” portaron personajes como *George V*, *El Duque de Clarence*, *El Gran Duque Alexis Alexandrovitch*, *El Zar Nicolás*, *El Príncipe Eugenio de Leuchtenberg*, *El Príncipe Alberto de Inglaterra*, *Winston Churchill* y *Lady Randolph Churchill* o *Don Juan de Borbón* (padre del *Rey Juan Carlos*) que se extendió entre la Sociedad Victoriana, y que a la vez estuvo extendida entre marineros, navajeros, presidiarios y demás gañanes. Los presos crearon sobre el tatuaje un argot (picarse, pincharse, marcarse, grabarse, sema, peripenso, asinabao, etc.) del que derivan muchos términos actuales entre la población carcelaria y la drogadicción, y fueron de los primeros grupos (actuales) que usaron los tatuajes para diferenciarse del resto de la sociedad (hay una gran relación entre tatuajes y claustración: barcos, cárceles, cuarteles) ya sea como señal de identidad y rebeldía entre los convictos o como símbolo de pactos entre mafias carcelarias (consúltese Lombroso, 1876; Lacassagne, 1886; Artacho Cabrera, 1936; Salillas, 1908, 1999; Bronnikov, 1993 o Caplan, 2000).

En las décadas de 1950/60 se utilizó para disimular o maquillar las cicatrices de las personas que se inyectaban sustancias psicotrópicas y se fue generalizando como un gesto más de marginalidad y rebeldía (especialmente entre los jóvenes), y no es de extrañar que, por ejemplo en España, esta práctica iniciara su expansión en las zonas portuarias, donde eran (y son) frecuentes los marineros y el trapicheo de estupefacientes.

A partir de la década de los 70 se empezó a extender y generalizar su práctica en la costa oeste americana (Los Ángeles 1974) y se extendió primero a otras ciudades norteamericanas como Nueva York o San Francisco, que han llegado a elevar esta práctica a la categoría de arte para alguno de sus museos y muchos especialistas (Tucker, 1981), y de ahí a Europa (París 1995). Las nuevas enfermedades (especialmente VIH) exigieron nuevas regulaciones sanitarias y los avances con la aguja eléctrica, cañones y pigmentos le proporcionan nuevas gamas de color, la delicadeza de detalle y mayores posibilidades artísticas.

Hoy día se ha sido incorporado progresivamente en la sociedad, casi como una auténtica manía, particularmente entre los jóvenes de las clases medias y altas, con el nacimiento de una cultura alternativa que considera este arte como una forma de rebeldía, generando un sentimiento de pertenencia grupal y un medio de manifestar su alteridad como diferenciación del mundo adulto y la cultura hegemónica. Tras los años 80, bajo el impulso de las culturas juveniles como los moteros, punks, heavy, rockeros, grunges, góticos, skins y demás tribus urbanas (Costa, 1996; Feixa, 2006) se ganaron adeptos, y hoy el tatuaje está ampliamente reconocido entre todos los sectores sociales (incluso entre las clases sociales altas “como toque de distinción y originalidad”) y entre multitud de totémicos personajes “famosos” que actúan como modelos a imitar, y aún así sigue sin ser aceptado en algunas

esferas más inmovilistas y es un obstáculo (más) a la hora de que los jóvenes entren al más prejuicioso y casposo mercado laboral, como ancestral gesto ante del temor a la pérdida de su poder.

Los primeros estudios sobre los tatuajes (relativamente recientes), están fuertemente sesgados por una visión moralista, psiquiátrica o psicológica, habida cuenta que fueron presidiarios, delincuentes y prostitutas los sujetos mayoritariamente estudiados, y sin ser frecuentes ya aparecieron artrópodos en los tatuajes de estas poblaciones estudiadas. Salillas (1908, 1910, 1999) llevó a cabo un exhaustivo estudio sobre los tatuajes de los centros penitenciarios, siguiendo la obra de Cesare Lombroso (1876) sobre la población delincuente italiana, y son los motivos religiosos (73 de 240) (que predominaban en presos por delitos de agresión personal) y los motivos emocionales - amorosos (72 de 240) y eróticos-obscenos (21 de 240) (dominan en presos por delitos de robo) los más frecuentes, siendo abundante la presencia de iniciales y ello tiene que ver con las relaciones afectivas y la historia social de cada individuo, también puñales como gesto de venganza, motivos marineros, políticos, irónicos y hasta de pederastia y, ocasionalmente jeroglíficos, plantas o animales (serpientes, palomas, etc.). Posteriormente Artacho Cabrera (1936), también sobre población reclusa, ofrece una visión muy subjetiva, crítica y moralista sobre este particular (sobre elementos de la psicología, psiquiatría, endocrinología, criminología) apuntando una mayor frecuencia en delincuentes contra la propiedad que en reclusos por lesiones u homicidios y con temas mayoritariamente amorosos en los primeros y eróticos en los segundos. También Bronnikov (1993) aportó interesantes datos sobre los tatuajes en las prisiones rusas (hablaremos de ello más adelante).

Recientemente, y ante el impulso y generalización del tatuaje en la sociedad occidental, son centenares las obras, tratados y artículos que lo han tratado bajo diversas perspectivas (sociales, sanitarias, psicológicas, etc.). A pesar de sus orígenes “marginales” en nuestra cultura occidental, y absorbido como un elemento más de consumo, hoy día la industria del tatuaje ha generado una mayor profesionalidad (Sanders, 1989) y un floreciente negocio, y es motivo de multitud de centros, publicaciones (*Tattoo*, *Tattoo World*, *Skin ans Ink*, *Piercing Fans International Quaterly*, *Outlaw Biker Tattoo Magazine*, *Tattoo International*, *Body Image*, etc.), exposiciones, foros, cursos, congresos, premios y debates (sin ir más lejos *Zaragoza Tattoo Convention*, 2010), tanto entre la población como entre las administraciones sanitarias. Para el lector interesado anotamos alguna bibliografía y enlaces en los que pueden ampliar la historia y diversidad sobre los tatuajes, así como los datos aquí expuestos, y aportamos algunas imágenes ilustrativas en relación al tema que nos ocupa (Fig. 1-15).

Elementos figurativos en el tatuaje

Los motivos en el tatuaje son hoy día mucho más variados que nunca, desde retratos de *Andy Warhol* a los *Teletubbies*, desde iconos de la vida contemporánea a obras de arte consagradas. Con las técnicas actuales, en realidad, la elección de un diseño para un tatuaje sólo la limita la imaginación (ya veremos qué pasará con ellos cuando el colágeno de los años vaya cediendo su elasticidad al impaciente tiempo).

Tabla I. Oferta de los artrópodos dentro del Reino Animal en 5 catálogos de un centro de tatuajes en la ciudad de Madrid.

Table I. Arthropods in the Animal Kingdom offer in 5 tattoos catalogues in Madrid's city tattoos centers.

ANIMALES						TOTA	%
						L	
Cánidos	17	5	12	2	3	39	3,01
Felinos	85	15	19	24	45	188	14,52
Caballos	11	5	7	3	3	29	2,24
Aves	141	15	24	13	44	237	18,31
Reptiles	29	15	7	15	14	80	6,18
Serpientes	68	18	4	16	9	115	8,88
Anfibios	–	–	3	5	1	9	0,69
Marinos	2	15	9	5	4	35	2,70
Peces	22	–	8	2	66	98	7,57
Artrópodos							
Crustáceos	16	5	1	5	2	29	2,24
Insectos var.	12	10	–	2	7	31	2,39
Mariposas	91	15	19	14	46	185	14,29
Escorpiones	20	15	11	11	25	82	6,33
Arañas	11	10	1	2	20	44	3,40
HADAS	32	15	7	6	33	93	7,18
Total Artrp.	182	70	39	40	133	464	
TOTAL	557	158	132	125	322	1.294	
					41,3		
% Artróp.	33,67	44,30	29,54	32,00	0	35,85	

Salvo algunas puntuales referencias zoológicas / entomológicas que nos interesen y que más adelante citaremos, no consideramos los estudios previos realizados sobre las poblaciones marginales (carcelarias, prostitutas o delincuentes) por haber quedado desactualizados (ver bibliografía) y por la visión mayoritariamente sesgada y moralizante de su óptica a la hora de clasificar los elementos figurativos hallados en los tatuajes más frecuentemente utilizados entre estos sujetos (tatuajes de recuerdos de familia, exhibicionistas, de perversiones e inversión sexual, obscenos, sobre pederastia, en alusión a la guerra, etc.), elementos fuera del contexto del presente estudio y muy alejados de la población de la que se ha recabado información y a la que mayoritariamente se dirige, y nos limitaremos a lo que hoy día encontramos en la población civil, libre y civilizada, que civilizada y libremente elige uno u otro elemento, sin otro sesgo más que su estética y su voluntad.

No es fácil hacer una clasificación de los elementos figurativos usados en el tatuaje contemporáneo, aún remitiéndonos al tatuaje de pequeño formato, y dejando al margen a los más recientes que han aparecido a la par de las nuevas técnicas y modas y que llegan a cubrir extensas o toda la superficie corporal (aún poco implantados en España con la frecuencia que se ha dado en otros países como Alemania o Estados Unidos) en los que se buscan metas más personales e individualistas y se suman y se superponen motivos muy diferentes (dentro del simbolismo convencional) en el mismo tatuaje (*Tattoo Art*) y que hace más difícil (personal / íntima) la localización de las referencias artropodanas que obviamente también en ellos aparecen. Fijado el tipo de tatuajes a considerar, en el que aún siendo menos variada la oferta, nos resulta la práctica más generalizada y más localizable en relación al tema que nos ocupa. En ellos, las ofertas podríamos asociarlas en estas categorías:

- **Lo Sagrado:** Cristo, Virgen, Santos, Alas, Ángeles, Temas y Objetos Religiosos.
- **Lo Profano:** Diablo, Calavera, Dragones, Fuego, Armas, Terror, Ojos.

- **Lo Mítico:** Unicornio, Hadas, Brujas, Fabulas, Magos.

- **Lo Cósmico:** Sol, Estrellas, Luna, Cometas, Zodiacos.

- **Lo Terrenal:**

- Lo Cotidiano: Guitarra, Hojas de Marihuana, Objetos, Velas, Brazaletes.
- Lo Afectivo: Corazón, Lágrimas, Labios.
- Lo Tribal: Vikingos, Indios, Aztecas, Celtas, Chinos, Mayas, Egipcios, Maories.
- Lo Cultural: Textos/Letras Chinas, Góticas, Japonesas, Árabes, Egipcias.
- Lo Personal: Iniciales, Nombres, Retratos, Signos patrióticos/políticos.
- Lo Actual: Famosos, Deportistas, Caricaturas, Comics, Payasos, Políticos.
- Lo Comercial: Coches, Marcas, Motos, Música.
- Lo Natural:
 - Lo inorgánico: Agua, Minerales, Montañas, Nubes, Rayos.
 - Lo Vegetal: Flores, Rosas, Frutas, Frutos, Setas, Tréboles.
 - Lo Animal: Felinos, Caballos, Delfines, Escorpiones, Mariposas, Arañas, Águilas.

Naturalmente esta clasificación no es estática, y cada cual puede emplear el símbolo según la significación que quiera darle a su mensaje corporal.

Los animales en el tatuaje

Como resultado de nuestras observaciones en la oferta de diferentes centros de tatuaje sitios en la ciudad de Madrid, podemos anotar que, descartando las imágenes no figurativas que aparecen en algunos catálogos como son los de grafía/tipografía oriental, árabe o latina, los símbolos religiosos, o cósmicos como estrellas/planetas, etc., en todos los demás hay elementos animales, hecho que nos retrae al primigenio origen de nuestra iconografía figurativa. Incluso entre los elementos étnicos o tribales con símbolos precolombinos, maories o celtas hay trazas de animales, a veces, de muy difícil adjudicación y claro, y desde luego, no faltan los sempiternos zodiacos. El caso extremo entre los registrados corresponde, entre los hombres, al conocido como *Alexandrino* o *Capitain Constantenus*, que portaba 388 animales tatuados y, entre las mujeres, a la *Belle Irène* que portaba 400 imágenes con multitud de animales, entre ellos mariposas y otros insectos.

En los tatuajes, el Reino Animal está profusamente representado, y por ende, cabe suponer que solicitados. Numerosos animales o monstruitos mitológicos o animaloides, así como mixtos como dragones, duendes y hadas (Fig. 18) aparecen en gran cantidad, aunque a veces, algo idealizados o no son de fácil asignación. Los seres mixtos, generalmente alados, con alas de murciélagos (mal) o insectos (bien) poseen una tradición que se remonta a Mesopotamia y el Mundo Greco-Latino (Monserrat, 2009^a, c, d).

Entre los animales más frecuentes están las aves (águilas, colibrís, golondrinas), los cetáceos (delfines, orcas) y otros mamíferos (caballos, gatos - felinos, perros), los tiburones, los reptiles y anfibios (serpientes, dragones, salamangas, lagartijas, tortugas y cocodrilos) y los artrópodos a los que ahora nos dedicaremos (ver tablas I, II). Otros animales han sido hallados en menor frecuencia (murciélagos, lechu-

Tabla II. Diferentes grupos de artrópodos hallados en 21 catálogos de tatuajes en centros de tatuajes en la ciudad de Madrid: sobre tema religioso (A, Q), variado (B, F, G, T), tradicional (C), tribal (D,N), maorí (E), símbolos (H), flores (I), letras (J), celta (K), animales (L, P, U), ángeles (M), hadas y duendes (O), dragones (R), artrópodos (S).

Table II. Different groups of arthropods found in 21 catalogues of tattoos in Madrid's city tattoos centre: on religious theme (A, Q), varied (B, F, G, T), traditional (C), tribal (D, N), Maori (E), symbols (H), flowers (I), letters (J), Celtic (K), animals (L, P, U), angels (M), fairies and elves (O), dragons (R), arthropods (S).

Grupo Tx. / Nº Catál.	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U	TOTAL	%	
MONSTRUO																								
ARTROPODO:	-	2	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	1	-	5	0,83	
TRILOBITES	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	0,16	
CRUSTACEOS																								
Estomatópodos	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	0,16	
Decápodos	-	-	-	-	-	-	-	8	-	1	-	1	-	-	-	1	-	-	3	2	3	19	3,16	
Total	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	20	3,32	
INSECTOS																								
Libélulas	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	5	1	5	12	1,99	
Efémeras	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	1	0,16	
Dictiópteros	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	3	-	3	6	0,99	
Saltamontes	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	2	-	-	2	0,33	
Neurópteros	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	1	3	0,49	
Escarabajos	-	-	1	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	8	1	8	21	3,49		
Mariposas	-	35	2	17	2	25	1	1	1	-	7	-	10	-	-	-	-	33	15	113	262	43,59		
Hadas	-	2	-	1	-	6	2	-	-	-	-	-	1	53	-	-	-	6	-	-	71	11,81		
Himenópteros	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	10	-	9	20	3,32		
Dípteros	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	5	-	5	10	1,66		
Total	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	408	67,88	
QUELICERADOS																								
Merostomas	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	0,16	
Escorpiones	-	1	3	2	-	3	1	10	-	1	-	2	1	2	-	-	-	-	31	4	26	87	14,47	
Solfugos	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	0,16	
Arañas/Telarañas	-	2	-	-	-	2	2	-	-	-	-	-	2	-	-	-	-	-	25	4	29	66	10,98	
Total	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	155	25,79	
MIRIAPODOS																								
Júlicos	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	1	0,16	
Escolopéndridos	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	2	-	2	5	0,83	
Geófilidos	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	1	0,16	
Litóbidos	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	1	3	0,49	
Scutigéridos	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	1	2	0,33	
Total	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	12	1,99	
TOTAL																							601	

zas, pandas, peces, caballitos de mar, estrellas de mar, pulpos, moluscos, iguanas, ranas-sapos, salamandras).

Es obvio que el empleo y elección de imágenes de animales (y los artrópodos con ellos) en el tatuaje es reflejo y sigue las mismas pautas culturales que los animales han tenido dentro de las creencias, mitos y miedos de las diferentes culturas y civilizaciones por las que nuestra especie ha ido caminando (Caplan, 2000; Wohlrab *et al.*, 2007).

En nuestro linaje, y alcanzado el nivel técnico que les permitiera pasar en el tatuaje de meras líneas, puntos o figuras geométricas que hemos citado (ver bibliografía para estas prácticas en momias de muy diversas culturas), y salvar la dificultad de representar elementos figurativos sobre sus pieles, los animales serían supuestamente los primeros en aparecer (como en el caso del Arte Parietal y Mobiliario o de las creencias religiosas), y así han permanecido hasta los tiempos recientes. Ya hemos hablado sobradamente de las funciones sociales, jerárquicas, estéticas, protectoras y mágicas del tatuaje, e históricamente los tatuajes con animales también han sido utilizados para llevar buena suerte a su portador o aplicar sus poderes sobre su portador, y tempranos ejemplos son las imágenes del Dios alado *Bes* en las bailarinas egipcias o todo tipo de animales sobre la piel del Jefe escita hallado en Pasyryk (montes Altai) de 2000 años de antigüedad, y esta práctica debió estar enormemente extendida y era conocida entre los guerreros bretones y anglosajones con animales

tatuados en azul que citaba *Plinio* y en otros “pueblos bárbaros”, manteniéndose muchos años entre los Sajones, y el empleo de animales tatuados aún es frecuente en numerosas culturas pre-industrializadas (ver bibliografía).

Con una u otra intencionalidad, el diseño de animales resulta ser el tema más recurrente y predominante en las culturas precolombinas, y en los diferentes diseños maoríes variaban entre motivos zoomorfos y antropomorfos, entre los zoomorfos predominaban los pájaros y los insectos, mientras que en los motivos antropomorfos predominaban el lineal con cabeza y brazos, las figuras del cuerpo humano, los rostros y el *komari* (vulva). Los animales totémicos siguen en el tatuaje las mismas pautas en la evolución de nuestras culturas, y son otro motivo común en tatuajes de identificarse y fundirse con el espíritu del animal dibujado sobre su piel. Los animales totémicos lógicamente van a variar en cada cultura y/o civilización, no solo y, claro está, en función de sus creencias y su mitología (en China, el tatuaje de animales astrológicos, como el cerdo o el caballo traían buena suerte, e imágenes de *Koi*, la carpa o los peces dorados traían prosperidad y riqueza para el portador; en el *irezumi* japonés el dragón se usaba para transferir fuerza y sagacidad al tatuado, y pájaros, serpientes, libélulas y mariposas no faltaban; en Birmania era un loro tatuado en el hombro, etc.), sino en función de la propia fauna circundante, y por ejemplo es el calamar para los *Haida* de Canadá, el erizo de mar para ciertas islas del Pacífico oriental, etc.

(Hambly, 1925; Pearson, 1996), y en nuestras latitudes “occidentales” se eligen animales tales como serpientes, lobos, leones, osos, águilas, etc. para significar que el individuo ha asumido la destreza física de ese animal, e igual ocurrirá con los animales venenosos (Hambly, 1925; Pearson, 1996) y ahora veremos más contemporáneos y artrópodos ejemplos.

Más recientemente los marineros desde el 1600 se tatuaban un pollo en un pie y un cerdo en el otro para protegerlos de la muerte por ahogamiento, y a menudo se usaban imágenes de pájaros azules sobre el pecho para marcar el número de millas que un marinero había pasado en el mar, y si cruzó la línea internacional de cambio de fecha, un marinero tenía el derecho de portar un tatuaje de un dragón. La cosa tuvo su evolución en el tiempo y los soldados estadounidenses en Vietnam se tatuaban un as de picas o un diez de diamantes para protegerse de la mala suerte y enfermedades venéreas.

Todo esto ha dejado (y refleja) una profunda “huella animal” en la memoria colectiva (Porzio, 2004) que se mantiene en la actualidad y, aunque se han añadido nuevos elementos (patrióticos, cinematográficos, etc.) no hace falta más que repasar los resultados que hemos obtenido y que ahora expondremos (Tablas I y II) para demostrar lo arraigado que permanecen estos totémicos animales.

Los artrópodos en el tatuaje

En la mayoría de los casos no sabemos cómo eran los tatuajes en la antigüedad, y menos si los artrópodos estaban incluidos en los “gustos” de unas u otras civilizaciones o culturas. En los casos en los que el tatuaje llegara a ser figurativo, es fácil suponer que por el valor religioso, totémico o mágico que, como hemos citado en los animales en general, algunos de ellos han tenido en muchas culturas, unido al sentimiento protector que el tatuaje ha tenido frente a ciertos animales peligrosos o venenosos, no sería extraño que, a pesar de la dificultad técnica de tatuarlos de forma reconocible, algunos artrópodos, especialmente escorpiones, avispa o arañas, fueran relativamente frecuentes. Algún ejemplo artrópodo hemos sugerido o citado en tatuajes nativos en India, China, Japón, etc., como también lo son los dibujos zoomorfos de insectos entre los *Maories*, pero otra prueba de ello son los tatuajes con figuras de serpientes y arañas hallados sobre los brazos de la momia femenina en *El Brujo* (Perú), datados c. 450, que muestran la ancestral y enorme vinculación de los artrópodos, y de la araña en particular, en los rituales mochicas, y objetos para el tatuaje son relativamente frecuentes en estas culturas, y es de suponerse también entre los *Incas*, en los que este arácnido poseía cualidades adivinatorias. Los sellos para tatuaje/pintura corporal se extienden en esta zona y muestra de ellos son los correspondientes a la Cultura Milagro-Quevedo (400 – 1533 d. C.) que podemos admirar en el Museo Nacional del Banco Central de Ecuador en Quito.

A pesar de todo ello, podemos aportar un curioso texto que desde siglos relaciona los artrópodos y el tatuaje, así una antigua receta romana para fabricar tinta de tatuaje (prescrita por el médico romano *Aecio*) indica como ingredientes:

“1 libra de corteza de madera de pino egipcio
2 onzas de bronce corroido, en tierra con vinagre
2 onzas de agallas (producidas sobre *Quercus* sp. por *Cynips tinctoria*, Insecta, Hymenoptera: Cinipidae) de donde se obtenían taninos usados para oscurecer textiles).

1 onza de vitriolo (sulfato de hierro)

Mezclar bien y tamizar. Remojar polvo en dos partes de agua y jugo de puerro una parte. Lavar la piel para ser tatuadas con jugo de puerro. Pinchar dibujando con agujas hasta que salga sangre. Frotar con la tinta”.

Mucho más recientemente, Artacho Cabrera (1936) aún citando como poco frecuentes los elementos zoológicos entre los tatuajes de la población carcelaria española (principalmente agresivos como serpientes, leones, tigres, lobos, etc., junto con pistolas, puñales, calaveras, etc.) no deja de mencionar palomas y mariposas (una policromada) en un par de individuos estudiados (uno procesado por robo y otro por la Ley de Vagos). También Bronnikov (1993) aportó interesantes datos entomológicos sobre los tatuajes en las prisiones rusas, y aunque mayoritariamente los temas elegidos (dependiendo de los delitos cometidos y con frecuencia en el número de reclusos tatuados proporcional a la gravedad de su delito/ peligrosidad) oscilaban entre religiosos, mitológicos/locales o relacionados con su condena, y su significado era entendido por los restantes reclusos en jerárquicos códigos y leyes no escritas, y cita como relativamente frecuentes y presentes en esta población reclusa el tatuaje de animales depredadores (leones, tigres, lobos, etc.) entre los condenados por asesinato. También aporta algún elemento entomológico interesante, como es el caso de tatuajes de un escarabajo (*zhuk*) que portaban los presidiarios condenados por carteristas o muy ilustrativo el de una mosca en una tela de araña (como un escarabajo pelotero entre los excrementos) entre los condenados por tráfico y consumo de drogas. También a los condenados por pederastia (especialmente maltratados por el resto de los reclusos) se les forzaba, entre otras cosas, a ser tatuados con los ojos negros de una mosca sobre los orificios nasales, mejillas, labio superior, orejas, ojos o cuello, elementos del comportamiento que no dejan de sugerir ancestrales ritos (no documentados), tanto en el gesto de caracterización (forzada) dentro del colectivo, como en la elección del elemento diferenciador como grupo, que arrastra una atávica simbología. También Reverte Coma (2010) refiere el uso de caparzones de crustáceos entre los nativos Suyá-Missú del Matto Grosso para escarificarse el pecho tras haber matado a un enemigo.

Al margen de estas entomológicas referencias, conocer qué artrópodos se tatúa la gente “normal” en España (no presidiarios, asesinos o delincuentes que poseen otros códigos e intenciones) y tratar de dilucidar las causas y el por qué los elige es el motivo de esta publicación.

El único estudio similar que conocemos es el de Pearson (1996), quien basó su publicación en los datos obtenidos en Estados Unidos a partir de los tatuajes de artrópodos y ciertos invertebrados marinos (n = 90) que aparecían en las fotografías de 14 números de una revista especializada (de enero de 1993 a mayo de 1995), anotando el número y proporción de los artrópodos hallados y comentarios personales de los lectores así tatuados.

Método

Para ahondar algo más en el mercado (real) del tatuaje en España, que no había sido estudiado (más que en la población carcelaria) y en las ofertas de los tatuadores y preferencias de los tatuados/as, hemos visitado y consultado tres centros de tatuaje en la ciudad de Madrid, donde hemos estudiado los distintos catálogos (n = 26) que, como muestrario, se ofertan

con cientos de pequeños modelos a elegir (Fig. 16 – 18). En los catálogos de uno de estos centros (n = 5) hemos anotado el número de artrópodos (n = 464) identificados respecto al total de animales (n = 1.294) (Tabla I), y en dos de estos centros se han anotado de sus catálogos (n = 21: A - U de Tabla II) los diferentes artrópodos (n = 601) y los diferentes grupos “taxonómicos” que aparecen en cada uno de ellos (Tabla II), calculando en ambos casos las proporciones relativas en las que cada grupo aparece (Tabla I, II).

Antes de continuar solicitamos permiso a los lectores rogándoles una cierta permisividad taxonómica en los grupos que hemos catalogado, tanto en la clasificación de los elementos dentro de cada uno de los álbumes estudiados, como a la hora de asignarlos, y que normalmente, y salvo los “monstruitos artropodianos”, en la mayoría de los casos, al menos los grandes grupos pueden identificarse con cierta facilidad (Fig. 16), incluyendo las hadas con alas de mariposa (Fig. 18), no digamos cuando la precisión del modelo permite una mucho más correcta asignación (Fig. 17).

Resultados

En los que respecta a los datos obtenidos en uno de los centros de tatuaje que hemos estudiado en relación a la elección / oferta de los artrópodos dentro del Reino Animal (Tabla I), el resultado muestra una proporción elevada de artrópodos frente al total de animales registrados, con un porcentaje que oscila entre el 29,54 – 44,30 %, y una media del 35,85 % frente al total de animales catalogados (Tabla I). En lo que respecta a los artrópodos, las mariposas y las hadas son las mayoritariamente ofertadas/ solicitadas (185 y 93 respectivamente, con un % del 14,29 y 7,18), seguidas de los escorpiones (82, con el 6,33 %), seguidas de las arañas, incluidas las telarañas (44, con el 3,40 %).

En el caso de los otros dos centros de tatuaje que hemos estudiado para analizar la proporción de los diferentes grupos de artrópodos hallados (Tabla II), debemos indicar que sus catálogos (n = 21) estaban agrupados según diferentes categorías, y en unos o en otros, dependiendo de la temática, hallaremos más o menos referencias entomológicas que referimos en la Tabla II. En ella anotamos los datos de los diferentes grupos de artrópodos hallados en álbumes con temas religiosos (A, Q), variado (B, F, G, T), tradicional (C), tribal (D,N), maorí (E), de símbolos (H), flores (I), letras (J), celta (K), animales (L, P, U), ángeles (M), hadas y duendes (O), dragones (R), e incluso álbumes dedicados exclusivamente a ellos (S).

Sobre aquellos diseños que se alejan algo más de lo idealizado y permiten definir un poco su categoría taxonómica podemos anotar algunos elementos. Entre los lepidópteros suelen ser los papilionidos y los ninfálidos los más utilizados (Fig. 17). Entre los himenópteros los abejorros, avispas, abejas y hormigas. Entre los coleópteros son los coccinélidos, escarabeidos, cetónidos y ceraméricidos. Entre los dictiópteros las mantis y las cucarachas. Entre neurópteros los crisópodos, los mirmeleónidos y los ascaláfidos, etc.

Es probable que algunos grandes grupos ahora citados (especialmente de arácnidos y/o quizás crustáceos) puedan variar en los catálogos de otros países o continentes, en función de las faunas del cada región, pero, en cualquier caso, llama la atención la proporcional baja frecuencia de miriápodos (1,99 %), y entre los insectos de dípteros (1,66 %) (Tabla

II) y en particular los de largas patas (mosquitos, tipúlidos, etc.), quizás por la dificultad técnica de estos elementos (que ocupan mucha superficie y poco dibujo). No faltan los sempiternos Cáncer y Escorpio en los zodiacos, ni los escarabajos y avispas egipcias que alguna vez han aparecido en catálogos que incluyen iconografía del Antiguo Egipto.

Dentro de los artrópodos (Tabla II), se observa una clara preferencia por los insectos (incluidas las hadas) con 408 diseños (67,88 %), seguidos de los quelicerados (principalmente escorpiones y arañas) con 155 (25,79 %), los crustáceos con 20 (3,32 %), los miriápodos con 12 (1,99 %) y por último los “monstruitos artropodianos” con 5 (0,83 %) y los trilobites con 1 (0,16 %). Dentro de los “bichos”, son las mariposas, incluidas las hadas con sus alas, las que son mayoritariamente ofertadas/ solicitadas (333). Tras ellas los escorpiones (87), seguidos de las arañas, incluidas las telarañas (66), escarabajos (21) y abejas/avispas (20).

Entre todos los artrópodos ahora anotados, estos datos parecen seguir la misma pauta y proporción que vimos anteriormente (Tabla I), y en ambos registros dominan las mariposas, las hadas, los escorpiones y las arañas (Tabla I, II), y desde los más o menos idealizados a los más precisos hallamos todos los grupos, incluso fósiles como los trilobites, y/o grupos no demasiado familiares como los diplópodos, estomatópodos, solífugos, merostomas y algunos órdenes poco familiares de insectos (Tabla II), que también hemos hallado sobre la piel de amigos/as (Fig. 9, 12).

En cualquier caso, los datos que han sido expuestos (Tabla I, II) no parecen corresponderse con la mera “estética, moda o gusto particular” (aunque influyan), ni al mero azar, ni a la familiaridad o la arbitrariedad (los escorpiones no son precisamente familiares y muy difícilmente han estado en contacto con quién los va a portar sobre su piel, y otros grupos de insectos como las abejas, las moscas, los saltamontes o los escarabajos son tan familiares, o más, que las mariposas) y, aunque creemos no vamos a descubrir nada nuevo, estos datos merecen comentarse.

Discusión

A nivel general, los datos obtenidos por nosotros respecto al conjunto de animales elegidos por los tatuados / tatuadores (Tabla I, II) no son comparables a los de Pearson (1996), ya que no se han considerado similares toma de datos y a que su número es significativamente menor (n = 601 / 464 frente a 90), y no son los mismos tipos de tatuajes considerados, ni los grupos y órdenes considerados. Aún así, y a grandes rasgos, es curiosa la similitud entre ambos estudios en lo que respecta a los diferentes grupos hallados en su conjunto, a los que son más frecuentes dentro de ellos (comunes mariposas, arañas y escorpiones) y a las proporciones relativas de alguno de ellos (Tabla II), como en el caso del total de los insectos hallados (67,88 % frente al 60 %), el de las mariposas (43,59 % frente al 37 %) o el de los escorpiones (14, 47 % frente al 9 %) del total en cada caso, lo cual parece sugerir una cierta “globalización” en los gustos entre los sujetos que eligen ser tatuados.

En otro orden de cosas, diferente, aunque dirigidas a un público similar (carátulas de discografía Rock) Coelho (2004) anota un 36 % de lepidópteros frente al total de insectos (sólo insectos) hallados, que no superan el 64,21 % de nuestros datos (sólo mariposas frente al total de insectos, Tabla II, que alcanzaría el 81,61 % si le sumáramos las hadas), pero en

cualquier caso, coincide con nuestros datos en el hecho de ser las mariposas los insectos más utilizados. Datos que al margen de lo aleatorio de las fuentes y, junto a los que hemos anotado, apoyan lo anteriormente anotado sobre los gustos de los sujetos a los que estos reclamos van dirigidos y, volviendo al tatuaje, merecen comentarse algunas conclusiones.

No hace falta decir que se han vertido ríos de tinta tratando de buscar alguna explicación ante esta invasión de tatuajes/tatuados en nuestra sociedad contemporánea, mucho más en lo que respecta al por qué la gente se tatúa, que sobre el qué se tatúa, elementos bastante mucho menos tratado (ver bibliografía). Se han barajado cientos de análisis, disquisiciones y argumentos, desde algunos francamente absurdos y llenos de decimonónica moralina y de afortunadamente desterrados tópicos: “*En el caso de los homosexuales, el dibujo más habitual es el de dos mariposas juntas*” o “*Los homosexuales llevan con frecuencia, sobre todo entre los delincuentes, que ya son verdaderos uranistas, un corazón con el nombre de su amante ... haciendo alarde de su desvío*” o “*en los perversos sexuales hemos de hacer un detenido examen psico-analítico, y en los casos de homosexualismo el estudio concienzudo de su correlación hormonal, para investigar la relación de la endocrinología con las taras psíquicas y somáticas del invertido, a juzgar por los símbolos de sus taráceos*”(¡!), a otros llenos de argumentos (la búsqueda de identidad, la autoafirmación, el culto de la imagen, el consumismo, la transgresión, lo reaccionario/ contracultural/ liberalizador, el reclamo/ atractivo sexual, el erotismo, lo estético/ ornamental, lo simbólico, lo mágico, los mensajes personales (duelo/luto, políticos, lemas, anagramas, iniciales, de protesta, amistosos, amorosos, ecologistas, pesimistas, irónicos, religiosos, etc.), la práctica iniciática, el masoquismo, el distintivo grupal/ tribal/ de jefatura, el exhibicionismo etc.) (ver bibliografía y enlaces).

No vamos a entrar en valorar estas propuestas, que están en manos de antropólogos, sociólogos, psicólogos (y psiquiatras), pero ante la potencial e inmensa oferta de imágenes susceptibles a tatuarse y exteriorizarse, exponerse y exhibirse, y antes de entrar en cualquier otro análisis (y como hemos indicado, circunscribiéndonos a los tatuajes de pequeño tamaño que son los que han sido estudiados), lo primero que consideramos necesario citar es que no deja de llamar la atención y sorprender el número bastante limitado de objetos (ofertados = demandados) proclives a ser dejados sobre la piel de los tatuados (un reflejo más de la pobreza cultural de nuestra sociedad) y, por el contrario, a pesar de la aparente oferta, sorprende la uniforme demanda, prácticamente universal en la sociedad occidentalizada actual (un reflejo más de la globalización cultural de nuestra sociedad) dentro de los diseños y temas ofertados en los que, desde luego, los animales (sean reales, mitológicos o de ficción), y los artrópodos con ellos, poseen una muy elevada presencia (Tabla I, II), y ello sugieren un fuerte arraigo de unos elementos y no otros en la simbología colectiva (a un tatuador le daría igual ofertar la imagen de una silla, una cacerola, un cenicero, una jirafa o una babosa).

Salvando las prácticas más extremas, y limitándonos a los tatuajes de pequeño-medio formato, que son los más habituales, y dentro de ellos a los animales / artrópodos, partimos de la premisa en estar de acuerdo con su función social e interacción de pertenencia a un grupo y dentro de él a la búsqueda de cada identidad (Sanders, 1988), pero sorprenden

estas proporciones (Tabla I, II), y por ello, remontémonos en el tiempo para tratar de explicar este comportamiento y sesgo artropodiano entre los jóvenes (españoles/occidentales) contemporáneos.

Hemos citado la necesidad innata en el ser humano de plasmar sobre un determinado soporte imágenes sobre sus ideas, opiniones, sentimientos y creencias que se remonta a la Prehistoria con la aparición de trazos y signos abstractos grabados sobre hueso, como los de *Qafzeh* en Israel (hace 92.000 años), y es de suponer que mucho antes ya lo hacían sobre su propia piel. Habrá que esperar al Paleolítico Superior para que aparezcan imágenes identificables y con ellas los primeros animales reconocibles, como los grabados en la *Cueva de La Baume Latrone*, cerca de *Nîmes* en Francia, del Auriñaciense (30.000 – 22.000 a.C.). Posteriormente la representación animal en estas manifestaciones alcanza su máximo esplendor y su mayor desarrollo en el Magdaleniense (18.000 – 11.000 a.C.) con representación mayoritariamente animal y con motivaciones eminentemente mágicas.

Ya en estas etapas del Arte Prehistórico aparecen insectos o elementos asignables a insectos (signos cruciformes asignables a insectos de *Lascaux* (Magdaleniense) (Leroi Gourhan 1958 a, b, 1965, 1968), que ya en el Neolítico (hace 8.500 – 4.500 años) se mostrarán con una enorme e incuestionable profusión de imágenes entomológicas, sobre todo de escenas apícolas, llegando a su máxima expresión en el Levante Español y en el Sur de África (ver referencias en Monserrat & Aguilar, 2008).

Ya hemos hablado en la introducción del origen del tatuaje, y aunque no se han conservado, no es de extrañar que también los artrópodos estuvieran tatuados sobre sus pieles y aún hoy día estos animales aparecen en tatuajes y escarificaciones de muy diversas culturas nativas (Pearson, 1996; Featherstone, 1991, 1999), y hemos puesto varios ejemplos.

Entre los pueblos nativos, tatuarse no tenía (ni tiene) nada de trasgresor, sino que era un signo de integración cultural y social de sus vidas, en parte natural, en parte espiritual, incluso su carácter sexual, social e iniciático hacía incompleto al joven que no hubiese sido tatuado (Hambly, 1925; Searight, 1984; Pearson, 1996; Caplan, 2000). La utilización de animales, y en particular de los artrópodos, en las creencias y culturas fueron sintéticamente revisadas por Hogue (1987), y en muchas culturas el dibujo de animales (y sin duda en el tatuaje) será el tema más frecuente, estando mayoritariamente asociado con la magia, los tótems y el deseo de la persona tatuada, como carácter de paso a la madurez y atávico medio de protegerse contra diversos males, la mala suerte, las enfermedades y con ellos se recurre a la magia imitativa, por ejemplo al tatuarse un escorpión para protegerse contra sus picaduras (Hambly, 1925; Pearson, 1996) y, así hacían los egipcios con los *ostrakas* (ver Monserrat & Aguilar, 2008), y desde estos componentes mágicos acabarán derivando las religiones, la santería, el vudú y en los infinitos amuletos que todas las personas poseen/poseemos y como remanente “aceptado” de este pagano gesto permanece desde los exvotos de las iglesias a los adornos y los tatuajes.

Entre los datos por nosotros obtenidos, concretamente entre los animales (Tabla I) (y también dentro de los “*bichos*”, Tabla II), son las mariposas las que son mayoritariamente ofertadas/ solicitadas (14,29 %), con un porcentaje similar al de los felinos (14,52 %), seguidas de los escorpiones (6,33 %), con un porcentaje similar al de los reptiles (6,18 %),

seguidas de las arañas, incluidas las telarañas (3,40 %), con un porcentaje similar, por ejemplo, al de los cánidos (3,01 %). Jugando con estos datos también sorprende el similar valor hallado entre las aves (237 con un 18,31 %) y las mariposas + hadas (278 con un 21,47 %) o entre las hadas (7,18 %) y los reptiles (6,18 %), y que, justamente, salvo ejemplos puntuales poco o menos significativos, sea remarcable que entre los artrópodos destaquen significativamente tres (cuatro) elementos sobre los demás (Tabla II, II): la mariposa + hadas (185 + 93 = 278, 262 + 71 = 333), el escorpión (82, 87), y algo menos la araña (44, 66), y creemos que es aquí, en estos artropodios datos (en apariencia arbitrariamente ofertados por los tatuadores y elegidos por los tatuados) donde radica, se trasluce y permanece hoy día (tatuable/tatuado) el *quid* de la eterna cuestión: la masculinidad - la feminidad.

Sorprende en los datos de la tabla I que, sumados los elementos considerados como supuestamente masculinos (cánidos, felinos, caballos, reptiles-serpientes y escorpiones) ($\Sigma = 533$) den un resultado muy similar al de los elementos supuestamente femeninos ($\Sigma = 559$) (aves, mariposas, hadas y arañas), con un 41,19 % frente a 43,19 % respectivamente (que probablemente se igualarían más aún de haber contabilizado otros elementos “masculinos” como quizás serían los dragones o los tiburones). Tampoco deja de ser curioso, al analizar estos datos en la tabla I que, sumando los elementos de ambos grupos ($\Sigma = 1.092$), alcancen tal valor frente a un total de 1.294 animales ofertados (84,38 %), hecho que hace poco significativo el valor de los restantes animales contabilizados, y que son datos que apoyan nuestra hipótesis.

Supuesta una similar población masculina y femenina que hoy día opta por tatuarse, mucho más igualada que lo anotado hace décadas (Sanders, 1988 aún citaba un ratio ca. 2:1), cada individuo/colectivo elegirá el tatuaje que le guste y que crea lo identifique como parte y miembro del grupo, y paralelamente refuerce su identidad dentro de él (hasta ahí completamente de acuerdo). Pero, a sabiendas o no, consciente o inconscientemente, potencie en unos su masculinidad (felinos, cánidos, reptiles, tiburones, escorpiones) y en otras su feminidad (mariposas, hadas, aves, arañas, flores). Por otra parte, la ubicación de estos tatuajes, normalmente en zonas más visibles y ostentosas entre los varones (ver también entre los violentos reclusos en la bibliografía) (Fig. 1 – 6, 12, 14), y en zonas más íntimas y secretas entre las mujeres (mayoritariamente corroborado en nuestras observaciones personales: Fig. 7, 9, 10, 13, 15), actué de forma que, primero sobre ellos sirva como elemento visual seductor y de reclamo de su virilidad-masculinidad (obviamente también en actos sociales, el deporte o en el propio trabajo), y sobre ellas en cambio como un elemento de acción posterior, ya que tras la elección (atracción/selección) del objeto/sujeto sexual por ellas preferido, y una vez “seleccionada” su potencial pareja (sexual), pasan a compartir con él (o ella) sus más secretos e íntimos atributos y fetiches femeninos (algunos tatuados) en situaciones menos públicas y mucho más privadas. Es decir, que ambos tatuajes interactúan visualmente y, complementándose, potencian e incrementa el éxito en el cortejo/ seducción/ elección y, consecuentemente, aumentan (lo sepan o no) su potencial reproductivo (vamos... que por mucha supuesta rebeldía y subversión en el gesto de tatuarse, es como ocurre en la Naturaleza con la librea, los olores, colores o cornamentas de los ostentosos y encelados machos que las hembras “eligen o no” y, con todo respeto, como citábamos al principio con los

pergoleros, los tilorricos o los hipopótamos, y en nuestra eminentemente y visual especie con las relaciones dentro del grupo y las prácticas iniciáticas). En definitiva, un elemento más dentro de la selección sexual que, como no podía ser de otra forma, contribuya a “ayudar” a transmitir nuestros genes (ya Darwin relacionaba la importancia del tatuaje en la selección sexual entre los Taizianas, Tobas y Guaranís).

Con la vanidad que como especie nos caracteriza, hay muchos - incluso entre los pensadores supuestamente objetivos, especialmente médicos y antropólogos - que sostienen que “estamos al margen de la Evolución y la Selección Natural”. Pues bien, aquí ponemos un nuevo ejemplo para demostrar, una vez más, lo contrario, y que, al margen de nuestras particularidades, estamos sujetos desde hace millones de años a su herencia y a sus normas, lo crean o no, lo queramos o no (y si me permiten una broma Lamarckiana, a este paso, y en no demasiado tiempo, los bebés nacerán con tatuajes).

Por supuesto que la elección de un tatuaje, que probablemente va a acompañarnos el resto de la vida es, normalmente, una decisión individual, deliberada y libre (Featherstone, 1991, 1999), así como es personal y subjetiva la pulsación de cada cual a la hora de elegir dónde y qué elemento tatuarse, y no es menos cierto que puede haber diversas interpretaciones culturales/personales en esta elección, de forma que un hombre puede tatuarse una serpiente (elemento femenino por antonomasia entre las deidades de la Vieja Europa) o una araña y/o su tela (elemento femenino culturalmente asociado a la creación, fertilidad, renovación, etc.) como elementos de semblante “agresivo/ bravucón – cazador/ ligón”, o bien elegir un escorpión amenazante (como su “hombria”), normalmente ignorando que Escorpio es un signo femenino, o bien que una mujer que se tatúe una mariposa desconozca que también se las asociaban en el mundo Greco-Romano con la virilidad, el falo y el semen. También es cierto que un hombre puede tatuarse una mariposa (Fig. 14) o una mujer un escorpión, por decisión personal, aunque según los tatuadores consultados, no es habitual.

También es cierto que no es lo mismo tatuarse un águila en actitud agresiva que un colibrí libando una flor (ambos ahora catalogados como aves), pero salvando estas apreciaciones y opciones puntuales, los datos expuestos (Tabla I, II) mitigan la distorsión subjetiva, y ahí están, datos que parecen mantenerse y coincidir con los primeros estudios que sobre este tema se hicieron respecto a los elementos elegidos (suaves/ violentos), la ubicación sobre el cuerpo (íntimos/ expuestos) y su extensión sobre él (pequeños/ grandes) que ya marcaban una clara diferencia (identidad femenina/ masculina) entre los elegidos por las chicas/ los chicos a la hora de tatuarse (Sanders, 1988) y, de paso, mostrar su rechazo al estamento dominante establecido, tal cual hicieron y hacen otros colectivos marginales rechazados o encarcelados por el “sistema” (Caplan, 2000).

Analicemos algo más detalladamente todo esto, recabando el historial cultural de estos tres grupos de artrópodos citados (mariposas, escorpiones, arañas) como más frecuentes para tratar de explicar la posible ancestral causa “cultural-histórico-evolutiva” de todo esto.

En las primeras representaciones prehistóricas figurativas de nuestra especie ya aparecen figuras de hombres/ mujeres – falos/ vulvas (y símbolos tectiformes asignables a cada uno de ellos/ellas). Cabe suponer que los escorpiones o las mariposas no estarían en sus pieles por imposibilidad

técnica en dibujarlas (salvo su representación mediante alguno de los símbolos de los cientos que conocemos usaban), pero sí en su ideario, y así aparecen en la génesis de la civilización y en todas las culturas por las que nuestra especie ha ido en su andanza.

No deja de ser curioso que algunos signos parietales franco-cantábricos asignados a símbolos femeninos (S1) poseen aspecto de mariposa (Leroi-Gourhan, 1958 a, b, 1965, 1968) y numerosos objetos de ornato (colgantes en hueso de Altamira, Solutrense superior (c.18.000 años) o de *Saint Germain* la Riviére, Madaleniense) poseen aspecto de crisálidas de mariposa (Bahn & Butlin, 1990; Bellés, 1997; Lasheras & González, 2005, etc.). También signos punctiformes, tectiformes o abstractos de *El Castillo* o las figuras del *Panel de las manos* de la *Cueva de Chauvet* (probablemente solutrenses de 21 – 18.000 años de antigüedad) han sido interpretadas como mariposas. También las cuatro figuras de la Cueva aurifiaciense de *Trois Frères* (asociadas a cabezas de felinos) poseen indudable aspecto de mariposas, y otras como las de *Le Portel*, etc., que con frecuencia han sido asociadas a símbolos aviformes son eminentemente femeninos y poseen aspecto de mariposa, especialmente frecuentes en el Magdaleniense. Su imagen se mantiene en el Calcolítico – Neolítico (figuras de mariposas en *Çatal Hüyük* en Anatolia, Shrine VI.B.8, datadas hacia el 7.000 a.C.).

Parece pues que la vinculación atávica de este insecto con la feminidad es muy, muy anterior a lo que creíamos haber heredado de Grecia y de *Psyche*. Este insecto posee una enorme significación, mayoritariamente con esta vinculación femenina, en prácticamente todas las culturas y civilizaciones por las que el hombre ha devenido (Blatchford, 1891; Grinnell, 1899; Davies & Kathirithamby, 1954; MacGregor, 1969; Brewer & Sandved, 1976; Berlo, 1983; Hogue, 1987; Bentley, 1988; Beutelspacher, 1989; Lurker, 1991; Gagliardi, 1996, 1997; Dorfer & Moser, 1998; Taube, 2001; Melic, 2003, etc.) y, en lo que respecta al tema que nos ocupa, aparecen en tatuajes y escarificaciones de muy diversas culturas nativas, especialmente como imagos, pero a veces como orugas (Vale & Juno, 1989; Pearson, 1996), y no descartamos que las figuras citadas por Alvrus *et al.*, 2001 (figuras triangulares opuestas sobre un eje central) en tatuajes de momias femeninas (Nubia de Sudán de 2.000 años de antigüedad) pudieran intentar representar mariposas y, no en vano, las citadas figurillas femeninas de concubinas, danzarinas y cantantes datadas entre 4.000 y 2.000 a.C. (ej. las bailarinas desnudas de *Badari* del año 4.000 a.C. y en la Tumba de *Seti* del 1.330 a.C.) asociadas con ritos funerarios y de fertilidad (Bianchi, 1988) poseyeran sobre sus brazos y piernas los primeros elementos figurativos tatuados, y fuera el símbolo del Dios *Bes* el que aparece sobre sus pieles. Recordemos que *Bes* era representado por un ser alado con aspecto de ave, particularmente sobre objetos y talismanes para defenderse de animales peligrosos, a veces en figurillas híbridas de varias deidades, principalmente de *Sekhmet*, *Isis*, *Neftys* u *Horus*, y desde la XVIII Dinastía asociado al Dios Niño Divino con esta capacidad protectora en algunas de las famosas *cippus* o *Estelas de Horus*, conocidas desde el Nuevo Imperio, como en la del Museo Británico, siendo muy frecuentes en el Periodo Ptolomaico. También este dios aparece en escenas que exaltan la grandeza del linaje de reyes y dioses (*rekhyt*) en pilones y columnas de muchos templos y que representa al pueblo egipcio agradecido y era uno de los componentes

espirituales del alma humana entre los egipcios (ya que solo ellos tenían el privilegio de tenerla) y este ser, vinculado con lo femenino y la maternidad, a veces posee aspecto de mariposa, y no deja de sorprender la relación entre este insecto con la protección maternal y especialmente con el alma en muy diferentes culturas, también en la egipcia, y que posteriormente aparecerá profusamente relacionadas en el Mundo Greco-Romano del que ya hemos hablado y de quienes muy probablemente recibieron esta vinculación, y no deja de ser curioso que aún existan prácticas de tatuajes que, como en Hawái, vinculen el hecho de tatuar la lengua de una mujer con la muerte de un jefe u otro desgraciado acontecimiento.

Con respecto al escorpión (reconocemos que más difícil de dibujar/tatar) y la araña, segundo y tercer elemento más frecuentemente citados, también son conocidos del Paleolítico-Calcolítico-Neolítico, y existen numerosos ejemplos: *Cueva del Jilguero* en Jimena de la Frontera y *Cueva del Arroyo* en España y en los famosos yacimientos halafitas de *Göbekli Tepe*, *Urfa* o *Nevali Çori* en los Montes Tauro y Zagros en los límites de Turquía, Irán e Irak, entre 11.600 – 8.500 a.C., donde, entre otros animales como el león, zorros, toros, osos, buitres o serpientes, grabaron algunos elementos artropodiformes, en particular y precisamente el escorpión y la araña, que representan los primeros elementos zoológicos (y artropodiformes) figurados por el hombre del Calcolítico-Neolítico. También aparecen escorpiones en los petroglifos bosquimanos en *Riet River* (Sudáfrica) y arañas en las pinturas parietales Guadalix de la Sierra en Madrid, una araña en su tela de araña cazando una mosca, en la *Cingle de la Mola Remigia* en el Maestrat (Castellón) o en el *Barranco Gasulla* en Arés del Maestre en España. También estos arácnidos están enormemente extendidos en todas las civilizaciones y culturas con una enorme y variada simbología, mayoritariamente relacionada con la temática que nos ocupa (Van Buren, 1937-1939; Tod, 1939; Davies & Kathirithamby, 1954; Hogue, 1987; Cloudsley-Thompson, 1990; Love, 2000; Melic, 2002, 2003, 2004, etc.) y a pesar de la dificultad de su diseño, tanto escorpiones como arañas ya aparecen en tatuajes y escarificaciones de muy diversas culturas nativas (Bohannon, 1988; Pearson, 1996).

Por último, y como era esperable, justamente estos tres elementos (mariposa, escorpión y araña) poseen una fuerte vinculación astral como elementos zodiacales primevos (la mariposa como antecesor de Cáncer aparece en *Çatal Hüyük* en Anatolia, Shrine VI.B.8, datada hacia el 7.000 a.C., y la araña, desaparecida en nuestro zodiaco, correspondería al 13º signo), lo que demuestra su ancestral arraigo, y están ampliamente representados en la cosmogonía y zodiacos de todas las civilizaciones desde Babilonia y Egipto a los Aztecas y desde la Civilización Greco-Latina a la China e Hindú, y lógicamente también son permanentes en muchas culturas no industrializadas (Bosquimanos, Hopis, Navajos, Amazonía, etc.) (Schimitschek, 1978; Hogue, 1987; Lucie-Smith, 1998; Love, 2000; Caplan, 2000, etc.).

Vemos pues que estos tres artrópodos que hemos citado poseen un largo historial asociado a la humanidad, y son precisamente estos tres artrópodos los que mayoritariamente eligen y hallamos en los tatuajes de las pieles de los jóvenes urbanitas contemporáneos que, en ausencia de una tradición local europea-occidental, recurren (consciente o inconscientemente) a los atávicos gestos que hemos anotado en nuestro linaje y en otras culturas recientes.

Conclusión

Vemos pues que, también en esta parcela, los artrópodos están presentes y tienen mucho que contarnos si sabemos encontrarlos e interpretarlos, y tras todo lo que hemos expuesto, concluimos que, por más “modernos” (y especie “elegida”) que nos creamos, no somos más que fiel reflejo y ejemplo viviente de la Evolución que nos ha traído hasta aquí, y de la inercia y la parsimonia que aún hoy día ejerce sobre nosotros nuestra reciente milenaria historia biológica, cultural e ideológica desde que somos la especie que somos (*Homo sapiens*), y hoy día, este “libre” gesto de elegir qué tatuarnos sobre nuestra piel nos está recordando ecos del inmenso tiempo en que fuimos nómadas, cazadores-recolectores o trogloditas (99 % del tiempo, dos millones de años, del que existe el género al que pertenecemos), apenas nada desde que se nos ocurrió inventar la agricultura y la ganadería y hacernos sedentarios, y así recordarnos que prácticamente acabamos de aterrizar en la llamada Civilización y en la Historia, no más que un suspiro en Palestrina y Juan Sebastian Bach, y no digamos en el Rock & Roll y Amy Winehouse.

Consideramos pues (y pido perdón si alguien se siente molestado, especialmente los padres de los jóvenes tatuados) que no hay demasiada diferencia entre los tatuajes y perforaciones varias que portan los grupos de jóvenes urbanitas, sea para demostrar su coraje, definirse dentro de un grupo o identificarse dentro de él, o con cualquier otra motivación (Wohlrab *et al.*, 2007) (con un lenguaje que todos reconozcan y entiendan), y lo que exactamente igual hacían nuestros más prehistóricos antecesores (como de ellos decíamos al principio), en una “vuelta atrás” en la tribalización de estos colectivos juveniles para conformar su identidad grupal en respuesta al poder adulto hegemónico (Maffesoli, 1990; Zarzuri & Ganter, 1999; Caplan, 2000; Alcoceba, 2007), en la que, como hemos indicado, el grupo va a funcionar mejor y también los genes van a “transmitirse mejor”, y los tatuajes van a contribuir a ello. Comentábamos que ya Darwin y mucho después Gell (1993) anotaban la importancia del tatuaje en la reproducción de algunos pueblos patagones o polinesicos y, liberados los tatuajes de asociaciones punitivas y tópicos deshonrosos, renacen con este fin sobre las pieles de los jóvenes contemporáneos, y de paso, muestran así su rechazo a la cultura dominante contribuyendo, a veces sin ser conscientes, a su reproducción.

Consideramos que, con una pulsación mucho más básica que meditada a la hora de elegir deliberada y “libremente” este o aquel modelo de tatuaje de lo que puede recabarse en las concienzudas y a veces complejas interpretaciones que recogemos en la bibliografía, y de lo que para los invertebrados en general anota Kellert, 1993 (estético, dominionístico, ecologista, humanista, simbólico, naturalista, negativista, vocacional o utilitario), Coelho, 2004 (estético o negativista), Pearson, 1996 (varias subjetivas interpretaciones para los insectos), Wohlrab *et al.*, 2007 (hasta once motivaciones distintas), etc., la elección abrumadoramente mayoritaria de estos grupos de artrópodos, al margen de decisiones personales/particulares puntuales (Fig. 12, 14), ha de tener reminiscencias mucho más ancestrales y primigenias que todo esto, y su elección como inmediato vocabulario de rápido lenguaje de interacción social ha de tener un por qué, más allá de la mera elección estética y “voluntaria” que hemos tratado de contribuir “entomológicamente” a dilucidar.

Los elementos artropodianos a los que se recurre hoy día no podrían ser otros. Evolucionan y cambian las técnicas y se amplían las opciones, pero permanecen los elementos ancestrales en nuestra especie que subyacen en la memoria colectiva (Pearson, 1996; Porzio, 2004; Alcoceba, 2007). Para eso pertenecemos a una especie que ha evolucionado durante cientos de miles de años por unos determinados comunes senderos, y a una Cultura Occidental, comparativamente casi advenediza, que, como todas, hunde sus normas y sus códigos en las raíces primevas del origen de la propia historia de la Humanidad y de la Historia. Lo que ha ido llegando después no son más que variaciones más o menos intencionadas sobre el mismo tema, por mucha importancia que unos u otros se empeñen en darle.

Nos creemos muy evolucionados como especie, y mucho más como sociedad avanzada e industrializada a la que pertenecemos, y miramos con demasiado desprecio nuestro antiguo caminar primevo, y sin embargo acabamos de llegar a la “modernidad” del mundo contemporáneo, apenas unos microsegundos, y no más de unos nanosegundos los urbanitas “liberados” y los anti-sistema y, sin embargo, llevamos a rastras cientos de miles de años de códigos, normas y comportamientos que ahora afloran en las pieles de los jóvenes (y no tan jóvenes) y sobre ellas se mantienen nuestros queridos y ancestrales artrópodos.

Hoy día, que vivimos en sociedades globalizadas y uniformes, se ha dado una explosión de comportamientos ancestrales (sea expresarse con espráis sobre las paredes, sea perforarse, sea tatuarse) cuando las condiciones de permisividad / tolerancia social lo ha permitido, y se recurre, sin ser demasiado conscientes, a lo atávico, porque somos quienes somos porque fuimos quienes fuimos, porque somos como fuimos porque fuimos como fuimos, y en este camino los artrópodos, aun casi siempre ignorados (y más en este tipo de temas), sin duda han tenido y tienen mucho, mucho que contarnos, y aunque carecemos de datos sobre qué llevaron nuestros ancestros sobre la piel, su presencia, hoy tatuada sobre las pieles de los jóvenes, nos sólo lo sugiere, sino lo demuestra y documenta.

Bibliografía citada o recomendada

- ALCOCEBA HERNÁNDO, J. A. 2007. El lenguaje del cuerpo a través del tatuaje: de la adscripción identitaria a la homogeneizadora democratización de la belleza. En: Culturas y Lenguajes Juveniles, *Revista de estudios de juventud*, septiembre, 78: 75-89. Disponible *on line*: <http://www.injuve.migualdad.es/injuve/contenidos.download.action?id=331452443>
- ALLISON, M. J. 1996. Early mummies from coastal Peru and Chile. En: K. Spindler *et al.*, (Eds.) *Human Mummies*, Springer-Verlag, Wien: 125-129.
- ALVAREZ-URÍA, F. 2002. Tatuajes, *Panacea, Revista de la historia de la terapéutica y ciencias afines*. 4, abril, Departamento de Sociología, Universidad Complutense de Madrid.
- ALVRUS, A., D. WRIGHT & C. F. MERBS 2001. Examination of Tattoos on Mummified Tissue using Infra-red Reflectography, *Journal of Archaeological Science*, 28: 395-400.
- ARSUAGA FERRERAS, J. L. 1999. *El collar del Neandertal*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 311 pp.
- ARTACHO CABRERA, S. 1936. *El tatuaje en el delincuente español*, Tesis de la Universidad Central (Madrid), Facultad de Medicina, 82 pp.